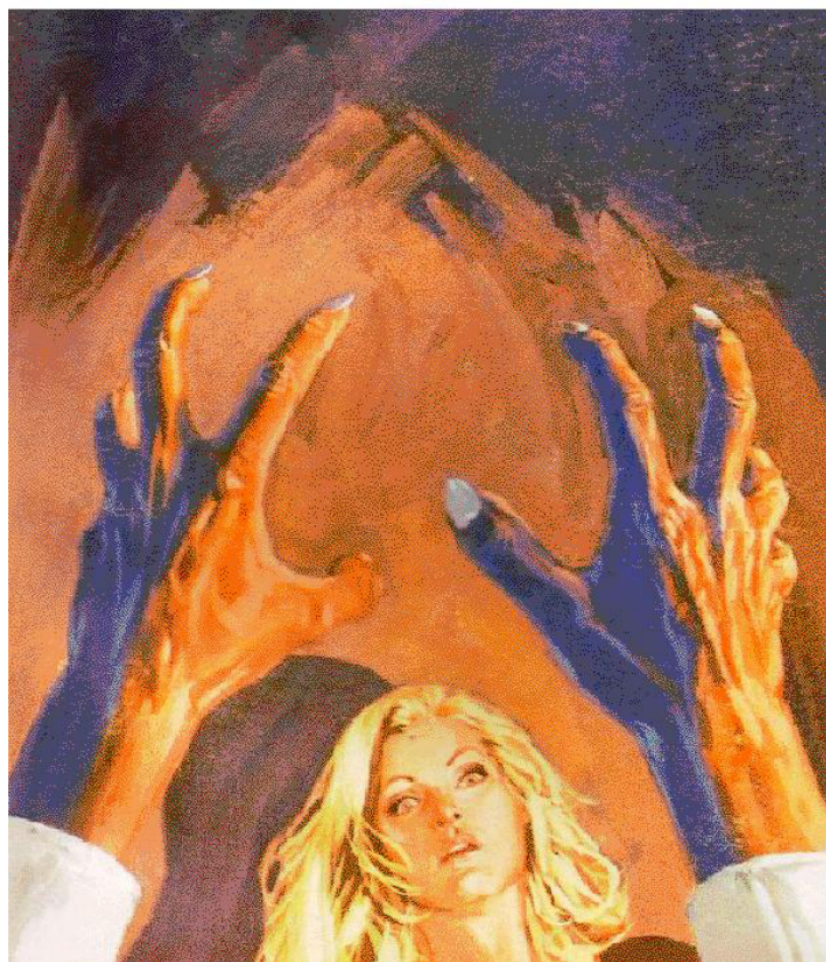


los muertos están conmigo

SILVER KANE



COLECCION

PUNTO ROJO



SILVER KANE

LOS MUERTOS ESTAN CONMIGO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 749
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 27.341 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: agosto, 1976

© Silver Kane, 1976

texto

© Jorge Sempere, 1976

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1976

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección KANSAS:

777. — Los cadáveres no disparan.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.034. — Valle Irlanda.

En Colección COLORADO:

878. — Hembras maliciosas.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

163. — Gata implacable.

En Colección SALVAJE TEXAS:

907. — Los diablos de Coyame.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

226. — Jenny, la indomable.

En Colección PUNTO ROJO:

736. — Rosanna de madrugada.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.351. — Ella y sus gorilas.

CAPÍTULO PRIMERO

Imagino que ninguno de ustedes, por bien que conozca Francia, ha oído hablar de Amboise Cotterets. No es ninguna de esas deliciosas y pequeñas ciudades donde hay un hotel de tres estrellas y donde se come bien; no es una playa famosa; no es una estación de montaña ni tampoco un balneario. No es un centro comercial de importancia. Sencillamente, Amboise Cotterets aparece como un pequeño punto en los mapas.

Yo —que trato de explicar mi extraña historia— no había estado nunca allí ni pensaba estar. Mi tiempo está ocupado a causa del periódico, donde soy una de las jóvenes redactoras, que apenas puedo dedicarme al turismo. He de confesar que cuando vi por primera vez el poste indicativo de Amboise Cotterets hice un gesto de indiferencia y decidí olvidarlo inmediatamente, como una persona olvida los cientos y cientos de nombres que llega a ver a través del parabrisas de su automóvil, y de los que sólo retiene los más importantes. Maldita si hice caso.

Pero hubo algo que me llamó la atención. Junto al cruce que venía señalando por la indicación había una valla blanquirroja tras la cual se iniciaba una carretera vecinal en pésimo estado. La valla ostentaba un cartel bien visible donde se leía:

«CERRADO POR OBRAS. RIGUROSAMENTE
PROHIBIDO EL PASO»

La valla se caía de vieja y allí no se veía trabajar a nadie, por lo cual me dije que allí debía haber un caso flagrante de esas obras que se eternizan debido a la incuria municipal y que son un verdadero suplicio para las poblaciones afectadas. Allí podía haber tema para un reportaje-denuncia de éstos a los que tan aficionados somos en *France Soir*. Al menos valía la pena intentarlo.

Detuve, pues, mi coche, un cacharro que me estaba dando un resultado pésimo, y miré más allá de la valla. No se distinguía nada, excepto el silencio de los campos. Recordé entonces que Amboise Cotterets era una población muy pequeña de la que había emigrado todo el mundo, incluso el alcalde y el cura, pues la zona no tenía ningún porvenir. Situada en un oscuro rincón de Bretaña, allí no había nadie que pudiera sacar un jornal decente.

Eso también me tentó. Obtener algunas fotografías de una población donde ya no vivía nadie me pareció interesante. Por otra parte, no dejaba de resultar curioso que se hicieran obras cuando ya no vivía la gente, mientras que a esa misma gente la tuvieron del todo olvidada cuando habitaba el lugar.

Por eso aparté la valla, pasé con el coche, volví a dejarla en su puesto y seguí carretera adelante, con riesgo de dejarme la suspensión en los baches. Por fortuna, Amboise Cotterets estaba detrás de la siguiente curva.

Pensé: «Vaya... Una ciudad deshabitada». Pero tuve una violenta sorpresa.

Allí había automóviles.

Y cierta animación en las calles.

Los comercios estaban abiertos.

La gente entraba y salía.

¿Por qué me habían dicho entonces que Amboise Cotterets era una ciudad abandonada? ¿Qué diablos pasaba allí?

Pero lo más increíble, lo más extraño y hasta estremecedor aún me quedaba por verlo.

Fue algo muy fugaz, pero que me produjo un escalofrío hasta el fondo de los huesos. Porque el muerto se encontraba allí.

Apenas a quince pasos.

Y yo diría que me estaba mirando.

Hay muertos que tienen los ojos abiertos y una actitud tan natural que cualquiera podría pensar que aún siguen dotados de vida. Con ése ocurría algo parecido, pues se hallaba sentado en el coche con perfecta naturalidad, en el asiento contiguo al del conductor, y yo diría que hasta miraba el paisaje. Pero algo me decía *que era un muerto*. El color de su piel, la diabólica fijeza de sus ojos, la rigidez de sus facciones eran cosas que no engañaban.

Un cadáver sentado en un automóvil parado aguardaba en el próximo cruce.

Quedé materialmente helada.

Estuve a punto de lanzar un gemido.

Pero entonces la segunda cosa extraña ocurrió. El automóvil se puso en marcha automáticamente. NADIE LO CONDUCE.

Pasó casi por delante mío y la cabeza del muerto se ladeó. Me di entonces cuenta de que, efectivamente, no me había equivocado. DE QUE ERA UN CADÁVER.

La sangre se me heló en las venas. Fui a seguir aquel coche, que se había metido en una especie de atajo sólo apto para cabras montesas. Pero aquel vehículo era un «GS» con la suspensión subida al máximo y podía transitar por allí con perfecta tranquilidad. En cambio el mío se me quedó con el motor medio empotrado en el primer bache.

No pude seguir adelante. Lanzando maldiciones, pues yo suelo lanzarlas también a pesar de ser una chica, fui hacia la población. En la primera calle noté que mi coche ya no era capaz de seguir adelante. Me lo había cargado.

Un chico se acercó entonces a mí.

Era bastante enclenque, pero tenía la cabeza muy desarrollada. Casi anormal. Sus ojos inteligentes y duros, demasiado inteligentes y duros brillaban a través de las gafas. Le hice señas y vino.

—¿Qué ocurre? —me preguntó cordialmente, pero con una voz demasiado espesa y que parecía impropia de un muchacho de su edad.

—Tengo avería —dije—. Supongo que habrá aquí algún sitio donde puedan repararla.

—¿Un bache? —me preguntó.

—Sí.

—Espere. Tal vez yo pueda ayudarla.

Levantó el capó. Yo estaba asombrada, pues no entendía qué diablos podía saber de mecánico un chico de doce años. A lo peor acababa de cargarse el coche.

Pero dijo con expresión perfectamente tranquila:

—Es el eje del ventilador, que se ha roto. Bueno, de todas formas yo lo puedo arreglar.

—¿Qué es lo que puedes arreglar, si no tienes herramientas?

—No las necesito. Puedo acoplar a la pieza un electro-imán. Precisamente llevo uno siempre en el bolsillo. Abultan poco.

Y extrajo una pequeña plaquita, poco mayor que una cuchilla de afeitar. Quedé asombrada. Que un chiquillo de doce años entendiera de electroimanes, que llevase uno completamente revolucionario y que hablase de sistemas de reparación más revolucionarios todavía, eran cosas que no lograba entender. Me pareció una broma.

Pero el niño lo resolvió todo en dos minutos. De pronto me di cuenta, al poner el motor en marcha, de que el ventilador volvía a girar de nuevo. Aparentemente todo era normal.

—¿Dónde te enseñaron esto? —pregunté.

—Oh... Es decir... No tiene importancia. Es decir... Bueno, son cosas que cualquiera sabe. Es decir... Estoy encantado de haberle sido útil. Buenos días.

Y se largó. Me sentí tan asombrada que no pude reaccionar, pero cuando estaba a unos pasos le grité:

—¡Eh! ¿Es que en esta población los coches ruedan solos?

—Es decir... Sí.

—¿Pero qué pasa? ¿Se trata de un cuento de brujas?

—No... Es decir... Simple técnica. Bueno, no quiero molestarla, es decir no quiero importunarla. Adiós.

Y desapareció tras una esquina. Yo quedé petrificada y sin saber qué pensar. Pero al fin arqueé las cejas, pensé que allí tenía un reportaje como para chuparse los dedos y seguí adelante. He de confesar que lo hice, sobre todo, porque estaba segura de haber visto un muerto.

Me metí en el único bar.

Tenía un aspecto americano, con una barra metálica, limpia y reluciente. No daba la sensación de ser francés, ni mucho menos. Parecía un pegote, una cosa artificial puesta allí no se sabía cómo.

Había un único camarero y una única cliente. El camarero me miró con ojos de halcón mientras gruñía:

—¿Quién es usted?

Quedé algo perpleja. Los camareros no suelen preguntar a la gente quién es, sino qué desea. Mi asombro fue tan grande que, de momento, no supe contestar.

La cliente dijo entonces:

—Quizá no ha entendido.

Y me repitió la pregunta en inglés.

Quedé más atónita aún.

Me la repitió en alemán.

En italiano.

En árabe.

En ruso.

Cada nueva pregunta me dejaba más paralizada, pues no podía entender nada de lo que estaba sucediendo. Porque además de todo eso estaba sucediendo otra cosa increíble: la cliente que sabía tantos idiomas no tenía más allá de trece años, y además se estaba zampando un *whisky* triple. Algo como para ponerse a lanzar gritos.

Por fin musité:

—Hablo francés e inglés. He entendido muy bien la pregunta. Lo que quiero es saber quién vive aquí.

Nadie me contestó. El camarero siguió clavando en los míos aquellos ojos hostiles y aguileños. En cuanto a la sorprendente muchachita, se desentendió de mí y se puso a hacer cálculos en un papel. De una sola ojeada me di cuenta de que eran cálculos terriblemente complicados, terriblemente abstrusos, terriblemente académicos. Ni en las escuelas especializadas de altas matemáticas se llegaba a aquello seguramente. Y todo eso lo hacía una chiquilla de unos trece años..., ¡que al mismo tiempo se zampaba unos tragos estremecedores de *whisky*!

El camarero susurró:

—Váyase de aquí. —¿Pero qué dice?

—Por lo que más quiera, váyase de aquí.

Tuve un sobresalto. No entendía nada de aquello, pero la verdad era que el asombro empezaba a ser sustituido por el miedo, un miedo profundo, un miedo que poco a poco me iba envenenando la sangre.

Todo allí era claro, luminoso... Hacía un magnífico día y sin embargo..., ¡sin embargo tenía la sensación de hallarme en un cementerio! ¡Y sobre todo tenía la sensación de que la próxima muerte iba a ser yo!

Oí entonces unos pasos secos, solemnes.

No tuve tiempo de volverme.

La enorme mano cayó sobre mi espalda.

CAPÍTULO II

Me volví, a punto de lanzar un grito, pero de pronto una sensación de alivio, de inmenso alivio me dominó. En aquel mundo extraño e irreal en que me encontraba, podía considerarme salvada. El que estaba detrás mío era un gendarme, es decir, un agente de la ley. Todo —y especialmente lo del muerto— iba a resolverse a partir de entonces.

Sin embargo había allí algo que no marchaba.

Eran sus ojos crueles, dañinos.

Los ojos helados de aquel hombre.

—¿Quién es usted? —me preguntó, repitiendo las mismas palabras del camarero.

—Soy periodista del *France-Soir*.

—¿Qué?

—Periodista del *France-Soir*. Y celebro encontrarle.

Pero él, por lo visto, no lo celebraba.

—Documentación —me exigió con hostilidad.

Se la presenté. Era correcta, cosa que, por lo visto, lamentó mucho. Pero luego dijo secamente:

—Ha dejado su coche mal aparcado.

—¿Dónde?

—Ahí, al final de la calle.

—No hay ninguna señal... No sé por qué dice eso.

—Lo digo y basta. Lo ha dejado mal aparcado. Por otra parte, se ha saltado una valla de interrupción de paso por obras.

—Lo sé —confesé—. En eso estoy de acuerdo... Bueno, pagaré la multa.

—No puede.

—¿Cómo que no puedo?

—Debe acompañarme.

—¿Adonde?

—Hay que hacer un expediente. Sígame.

Le seguí porque me di cuenta de que mi situación podía complicarse si no obedecía. Y entonces me di cuenta también de otra cosa sin sentido, y era que las calles habían quedado completamente vacías de pronto. Nadie entraba ni salía de los establecimientos. Éstos cerraban. No circulaba ningún coche. La sensación de vacío se hacía absoluta, casi mortal.

Me encontré en una especie de comisaría, pero tan pequeña que apenas cabían allí dos mesas. Un retrato del presidente Giscard ocupaba parte de la pared, como en cualquier otro despacho oficial de Francia, pero sin embargo flotaba algo irreal, algo inhóspito, algo *que no existía*. Yo no sabía definirlo, pero no obstante flotaba en el aire una pesadilla sin nombre.

El gendarme me dijo:

—Pasa.

Me trataba bruscamente, casi con brutalidad. Yo sé que los policías son poco amigos de los periodistas, pero aquél sobrepasaba todos los extremos. Llegó a empujarme sin motivo. Vi de pronto adónde iba.

La puerta.

Las rejas.

La soledad de la celda. ¡Me estaban encerrando en ella! ¡Me estaban convirtiendo en una prisionera!

Lancé un grito, pero aquel grito quedó muerto en mi garganta. Se ahogó.

Inmediatamente, alguien que estaba en la celda, acechando en la oscuridad, saltó sobre mí. El pinchazo lacerante, brutal, aquel pinchazo con el que estaban castigando la médula de mis nervios llegó hasta el fondo de mis entrañas.

CAPÍTULO III

Cuando llegué a Ville Lautien aquella tarde de noviembre, tuve una sensación extraña.

No sé si ustedes habrán oído hablar de Ville Lautien con motivo de algún relato de viajes o en la propaganda de alguna agencia turística. Cuando yo la distinguía por primera vez se trataba de un hotel privado, pequeño y con carácter, que durante años había recibido la mejor clientela de Europa.

Pero no imaginaba que fuera así, lo juro. Estaba tan alejado de Le Havre que una tenía la sensación de haber dejado la ciudad muy lejos, tan lejos que no podría volver a ella. Una carretera enrevesada y que atravesaba masas espesas de bosques llevaba a Ville Lautien, situada en lo alto de una colina. Una vez allí todo terminaba ante la verja de un jardín silencioso y remoto. Unos oscuros pinos atlánticos, una serie de húmedos helechos y de otros árboles con tonos sombríos hacían que aquello pareciese una selva. Por entre esa especie de selva, un camino serpenteante hasta llegar ante la casa.

En otros tiempos fue la villa de recreo de un gran señor. Contaba con unas veinte habitaciones, aparte de las del servicio, lo cual indicaba que desde que se convirtió en hotel no podía albergar más de dieciocho o veinte clientes. El comedor era oscuro y parecía arrancado de una estampa de época. La gran sala de estar cargada de sombras se mostraba llena de ruidos furtivos y que sobrecogían el ánimo.

El taxi me dejó ante la verja y el conductor me advirtió que no podía ir más allá. Cuando le pregunté por qué, me contestó que aquello era una residencia privada.

—No se trata de una residencia privada, sino de un hotel —objeté—. Lo natural sería que usted me dejara ante la puerta del edificio, atravesando el jardín.

—Es que no tenemos costumbre —musitó.

—¿Qué pasa? —pregunté sonriendo—. ¿Es que tiene usted miedo?

El sonrió también.

Pero había en su sonrisa una mueca especial, una mueca cansada y extraña.

Fue aquello lo primero que me sorprendió.

Luego habían de sorprenderme otras cosas.

El chófer me devolvió apresuradamente el cambio se sentó al volante y arrancó sin que yo pudiera darle ni siquiera una propina. Parecía tener un interés enorme en largarse de allí. En menos de diez segundos se había perdido de vista en un recoveco de la carretera y yo estaba sola ante la gran masa verdinegra de aquel jardín desconocido más allá del cual se alzaba una casa más desconocida todavía.

Pero avancé con la pesada maleta por aquel camino serpenteante, puesto que no me quedaba otro remedio. Empezaba a oscurecer y todo tenía un aspecto poético, pero al mismo tiempo siniestro y misterioso. En el jardín se oían mil susurros, como si alguien avanzara hacia mí por encima de las hojas secas.

Por fin descubrí la mancha ocre de la casa. En ella se habían encendido unas cuantas luces que empezaban a rasgar las tinieblas.

Y fue entonces cuando oí aquel grito largo, ululante, cuando oí aquel grito desgarrador que parecía llegar desde más allá del tiempo.

Dos días antes, casi sin margen para preparar nada, uno de los redactores jefes de *France-Soir*, donde yo trabajo como periodista, me había indicado:

—Tienes que ir en calidad de enviada especial a Ville Lautien, cerca de Le Havre. Va a celebrarse allí un congreso que tiene gran interés para el periódico.

Torcí un poco el gesto.

—¿Cerca de Le Havre? —dije.

Le Havre está a poca distancia de París, como todos ustedes saben. Es su puerto natural. Para ir allí no valía la pena romper mis costumbres habituales y cancelar mis compromisos. Además, una siempre sueña con que le envíen a realizar un trabajo en Pekín,

donde al menos se ven cosas nuevas. Pero es un fastidio que a una le obliguen romper el ritmo de su vida para enviarla como quien dice, al otro lado de la esquina.

—Hija —gruñó el redactor jefe, como si hubiera adivinado mis pensamientos—, no vas a esperar que te enviemos a Pekín, con el poco tiempo que llevas en el periódico.

—Oh, claro.

Puse cara de buena chica.

El dirigió una discreta mirada a mis piernas, quizá porque yo las había cruzado demasiado, y añadió:

—Además, los organizadores han pedido especialmente que fueras tú.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Les llamaron especialmente la atención tus trabajos sobre altas matemáticas.

—Bueno... —dije—. Yo soy doctora en ciencias exactas y he publicado algunos trabajos, pero no vivo de los números. Vivo del periodismo. Si querían un matemático, podían haber elegido mejor.

—Ya hay otros matemáticos en el Congreso. No te han elegido por eso. Si quieren que vayas tú es porque eres el único periodista matemático que conocen. Además tu coeficiente intelectual en esta materia fue dos enteros superior al de los más adelantados. Podías haber hecho grandes cosas, caso de haber querido en lugar de dedicarte al periodismo. Pero no tenemos tiempo de hablar de lo que podían haber sido nuestras vidas, maldita sea. —Miró su reloj—. Tienes tiempo justo de pedir una cantidad a cuenta antes de que ese perro rabioso del cajero se vaya. Luego ya liquidarás según los gastos que hayas hecho. ¡Hala!, largo de aquí.

Fui a salir con el rabo entre las piernas.

Les aseguro que eso del periodismo da gusto. Jamás le llaman a uno para decirle que le han aumentado el sueldo. Le envían a uno a cualquier sitio fastidioso y le dicen:

«¡Largooo!».

Ya en la puerta me volví.

—¿Al menos podría saber de qué es el congreso? —dije.

—De Ciencia Total.

—¿Quééééé?

—Ni yo mismo lo entiendo muy bien —gruñó el redactor jefe

encogiéndose de hombros—. Supongo que se trata de uniformar criterios sobre diversas ciencias parciales, que nunca se ponen de acuerdo. Pero en el fondo existe algo ahí que no me gusta, ¿sabes?

Va incluso un especialista en vampiros.

Me estremecí.

Fue una auténtica tontería.

Pero no pude evitarlo.

Fue la primera vez que aquello no me gustó en absoluto.

—¿Y qué pasa si hay alguno? —susurré.

—No te preocupes —dijo con la mayor desvergüenza—. No sé de qué tienes miedo.

Ningún vampiro te dejará embarazada...

Después de oír aquel grito ululante que parecía surgir de las mismas entrañas de Ville Lautien, quedé atónita en mitad del sendero, bañada por las luces irreales que llegaban desde la casa. Bruscamente me di cuenta de que se me había cortado la respiración, de que mis dedos temblaban y de que se me había caído la maleta.

No supe qué hacer.

Un deseo terrible de echar a correr me dominó. Por unos segundos me olvidé de todo, incluso de mi dignidad profesional. Porque si aquí ocurría algo extraño, yo no tenía que huir, sino al contrario, puesto que necesitaba averiguar qué era para poder contarlo a mis lectores. Estaríamos avisados si todos los de mi oficio se largaran corriendo en cuanto oyeran un grito.

Pero no fue sólo eso.

En aquel momento noté el roce de una mano.

Me volví en redondo.

Sentí frío en la médula de los huesos.

Delante mío estaban los ojos del muerto.

CAPÍTULO IV

Cuando ya iba a partir, tomando un tren que me permitiría llegar a Le Havre antes que en coche, entré de nuevo en el despacho del redactor jefe y pregunté:

—¿Qué es eso de Ville Lautien? No lo he visto en la guía de los hoteles de Francia.

—Pues debiera estar —gruñó él—, porque funciona como hotel desde hace años. O puede que se haya dado de baja provisionalmente, yo qué sé. Se trata de una antigua residencia señorial que fue habilitada para hotel cuando los auténticos señores se terminaron, ¿comprendes? Porque un auténtico señor necesitaba una docena de criados para una casa así, y ahora, ¿quién los paga? Es un hotel discreto. Te gustará.

—Entonces seremos pocos, ¿no?

—Unos veinte, que yo sepa. El edificio no da para más. Hasta hace poco los clientes eran millonarios que buscaban un sitio discreto para medirles las curvas a sus queridas. No sé si quedará alguno. A lo mejor te hacen una oferta...

No me pareció que la cosa tuviera ninguna gracia.

Di un portazo y salí.

Pero antes aún oí su voz que me gritaba:

—¡No te preocupes, mujer! ¡Todos los auténticos millonarios han muerto!

Han muerto...

Ésa fue otra expresión que no me gusta. Fueron dos palabras que llegaron al fondo de mis nervios sin que yo lo notase. Y creo que las tenía clavadas en el cerebro, como una obsesión, cuando distinguí la casa.

El criado musitó:

—¿No quiere que le lleve la maleta, señorita?

Yo no llegué a oír su voz.

Yo sólo veía los ojos del muerto.

Mirándome con expresión asombrada susurró:

—Perdone que haya salido de la oscuridad del jardín y la haya rozado. Es que usted estaba ahí, parada como si le ocurriera algo, ¿sabe? ¿No va al hotel?

El hombre era servicial, no cabía duda, pero yo sólo veía en él los ojos del muerto. Pocas semanas antes había tenido que identificar a un matemático muerto en un accidente, y cuando lo distinguí en la sala de autopsias tenía los ojos abiertos. Pues bien, esos ojos eran iguales a los del criado que ahora se encontraba frente a mí. Tan iguales que el miedo me paralizó y tuve la sensación de que la sangre ya no volvería a circular por mis venas.

Pero aquello no tenía ninguna lógica, de modo que me fui rehaciendo. Un vivo no podía tener los mismos ojos que yo había visto en un muerto. Mas debía inquietarme aquel grito ululante que yo había oído surgiendo de la entrada de la casa.

—¿Qué ha sido eso? —murmuré—. Ha gritado alguien...

El criado no parecía impresionado en absoluto por lo que acababa de oír. Al contrario me sonrió.

—¡Ah!, se refiere usted a Lucille... —dijo—. Sufre terribles crisis de dolor porque hay que operarla con urgencia. Lucille es una de las sirvientas y todos sentimos mucho lo que ocurre, se pondrá bien. Esta misma noche vendrán a buscarla en una ambulancia.

—Unos alaridos como éstos no hacen demasiada propaganda a un hotel —dije.

—Tiene usted razón, señorita, pero nadie puede evitar que un enfermo grave se queje.

Esta misma noche la sacaremos de aquí.

—Perdone —dije mordiéndome el labio inferior— temo haber sido cruel.

—No piense en eso; comprendo que el grito era como para asustar a cualquiera.

Fuimos hasta el edificio. Éste, como ya he dicho, constaba de unas veinte habitaciones principales y tenía dos pisos. Sus piezas esenciales eran un gran comedor y un anticuado salón de estar. Había en él algo que sobrecogía, algo que no se sabía exactamente qué era.

Un solo hombre ocupaba el *comptoir*.

Vestía totalmente de negro.

Su tez era muy pálida y sus dientes muy afilados. Uno pensaba inevitablemente al verle en la tontería que yo había dicho antes de salir de París: habíamos hablado de vampiros. Pero es que realmente este tipo lo parecía: para una película sobre ellos no hubiera tenido precio.

Sonrió al ver la carta en la cual se me invitaba al congreso.

—Tiene usted la habitación reservada —murmuró—. La 211, en el segundo piso. —¿Hay otros periodistas extranjeros?, ¿verdad?— pregunté.

—Sí. Tres.

Yo tenía anotados cuatro.

Pero lo atribuía a un error. Sin dar importancia al detalle pregunté:

—¿Dónde están?

—¿Es que quiere verlos?

—Sí, en el caso de que no sea molestia. Me gustaría cambiar impresiones con ellos.

—No están —murmuró el empleado.

—¿Cómo es posible? Habrán venido aquí a informar, ¿no? ¿No han empezado esta mañana las sesiones del congreso?

—Sí, pero han salido a ver los alrededores. Quizá vuelvan esta noche.

—De acuerdo —dije—. Avísame, por favor, cuando alguno de ellos regrese.

Me hubiera sentido más tranquila hablando con cualquiera de mis colegas, ésa era la verdad. Los periodistas nos entendemos en seguida, aunque seamos de países muy distintos. Como todos tenemos en el fondo los mismos problemas, creamos sin darnos cuenta una especie de Mafia. Y ellos me hubieran aclarado algunas cosas del hotel que empezaban a no gustarme.

Pero puesto que ninguno de mis compañeros estaba tenía que aguantarme. Fui a mi habitación, que era algo anticuada, y me dispuse a deshacer mi maleta.

Fue entonces cuando oí el grito ululante otra vez.

Pero ahora no procedía de un piso alto, donde lo había oído antes. Ahora procedía de las mismas entrañas de la casa.

CAPÍTULO V

Me estremecí.

Todos mis sentidos se pusieron misteriosamente alerta.

El criado ojos de muerto me había hablado de una criada, Lucille, que padecía una dolorosa enfermedad y a la que iban a llevarse en una ambulancia. Eso podía ser muy cierto. Hay afecciones que producen terribles dolores, como por ejemplo un ataque de riñon o de vesícula biliar.

Pero lo extraño era que yo hubiese oído el grito minutos antes procediendo del piso alto y ahora lo oyese surgiendo del sótano de la casa. No era fácil que a una enferma en esas condiciones la hubieran trasladado. De modo que abrí la puerta decidida a averiguar lo que ocurría.

No esperaba obtener de aquí ningún reportaje.

No. ¡Qué tontería!

Pero a mis veinticuatro años yo no soy una chica egoísta. Si puedo ayudar a un ser humano en peligro, lo hago. Pensé que aquella pobre y desgraciada Lucille no era tratada como necesitaba, en cuyo caso le sabía bien la presencia de alguien que se preocupase por ella.

Salí al pasillo.

Silencio.

Ahora no se oía ni el ruido de unos pasos en el hotel. Las luces eran de un extraño color verde y parecían vacilar. Se tenía la inexplicable sensación de haber entrado en un mundo desconocido.

Descendía a la planta baja, pero desde el recodo de la escalera vi que el conserje vestido de negro continuaba en su puesto. De pronto atravesó la sala y cerró muy bien una puerta situada al otro lado.

No sé por qué, me pareció que era de detrás de aquella puerta de donde había tenido que surgir el grito.

Pero entonces, ¿por qué no iba nadie a ayudar a Lucille? ¿Es que

de momento la habían puesto allí para que no molestase, como si fuera un animal enfermo?

No sé... Pero yo pensaba que no era sólo eso. Mi imaginación y mi temor volaban.

Quieta en el recodo de la escalera, procurando que no me viesen desde el lugar de recepción, esperé unos instantes. No se volvió a oír sonido. Pero me di cuenta de que no podía llegar hasta la puerta sin que el tipo vestido de negro me viese.

Por un momento la situación me pareció ridícula. ¿Qué derecho tenía yo a esconderme y a obrar así en un asunto que no me importaba?

Pero algo me decía que un ser humano estaba en peligro y que yo era la única persona que podía ayudar a Lucille. De modo que seguí aguardando con todos los nervios en tensión, a la espera de una oportunidad. Ésta no tardó en presentarse.

Un cliente llegó. Debía ser uno de los científicos convocados al congreso, porque me parecía recordar haber visto su fotografía en alguna revista. Sin duda llegaba un poco tarde, como había llegado yo misma. El hombre vestido de negro se dedicó a atenderle y volvió del todo la espalda a la puerta.

Yo descendí con la mayor tranquilidad.

Si me veían, siempre podía decir que me había confundido.

Pero pude abrir la puerta sin que ninguno de ellos me distinguiese. Por otra parte no había nadie en el *hall*, cosa bien extraña tratándose de un hotel. Mientras hacía girar el pomo, recordé quién era el que acababa de llegar.

Se trataba del doctor Conan, un famoso químico propuesto dos veces para el premio Nobel.

Pero me olvidé en seguida de él.

Era aquella puerta lo que me obsesionaba.

La empujé sin hacer el menor ruido y me encontré ante unas escaleras alfombradas que descendían hasta las profundidades del sótano. Cerré enseguida porque de lo contrario podían haber llegado hasta el *hall* los ruidos que se oían abajo.

Y esos ruidos eran muy expresivos. Eran algo que no pude comprender.

¡Latigazos!

¡Alguien estaba recibiendo allí un brutal castigo como si se

tratase de una sala de torturas de la Edad Media!

Y la verdad era que el ambiente lo recordaba muy bien. Las paredes eran enormemente gruesas. Los techos formaban bóveda gótica. Las escaleras eran de piedra muy gastada, aunque este hecho resultaba disimulado por la alfombra.

Para producir un efecto completo sólo faltaba que la iluminación estuviera formada por hachones, pero en 1976 eso no es demasiado fácil. Una serie de bombillas polvorientas disipaban las sombras mientras yo iba descendiendo. Cuando llegué al límite inferior del sótano, situado a bastante profundidad, tenía la sensación de haber estado descendiendo durante horas y horas, como en el curso de una pesadilla.

Lo que vi hizo que mis ojos se dilataran de asombro.

Aquello también parecía una cosa de otro tiempo.

Era como uno de esos viejos grabados en que se reproducen escenas de suplicios y en los que uno no acaba de creer, como si se refirieran a cosas que no han existido nunca. Trataré de contar lo que vi:

El sótano era grande y de techos bajos terminados en bóveda. Eso significa que bastante columnas tenían que sostener aquel techo. A una de ellas estaba una mujer.

Era joven.

Le calculé unos veinte años.

Tenía un magnífico aspecto de campesina bretona, de mujer corpulenta que lo soporta todo y cuya belleza radica principalmente en su formidable salud. No era una damisela de salón, sino una potranca capaz de dar al mundo muchos hijos sanos. Sus colores, sus líneas; incluso sus cabellos rubios y germánicos, denotaban belleza y potencia.

Pero eso duraría poco si seguían tratándola así.

Resultaba inexplicable.

Tuve que frotarme los ojos para convencerme de que era verdad lo que estaba viendo.

La chica —que en seguida supuse que se trataba de Lucille— estaba sujeta a la columna por medio de dos gruesas cadenas de las que tiraba desesperadamente. No llevaba ninguna ropa. Y creo que el espectáculo que ofrecía hubiera resultado fascinante para un hombre de no haber resultado también un espectáculo tan salvaje.

Otra mujer la estaba golpeando con su látigo. Y ahora Lucille no gritaba porque le habían puesto una mordaza.

Necesito hablar de esta segunda mujer. Me llamó tanto la atención que supe desde entonces que ya jamás podría olvidarla.

Ésta era de una rara belleza. Llevaba los cabellos rubios largos hasta la cintura, y la blusa se le había desabrochado a causa de la agitación y la rabia con que manejaba el látigo. Debajo de esa blusa aprecié unas líneas que hubiese envidiado cualquier mujer.

También la falda, que era abierta, y se abrochaba por un lado, había llegado a descolocarse a causa de la violencia de sus movimientos. Vi que el hueco dejaba descubierto una pierna larga y mórbida, enfundada en una fina media. En lugar de zapatos llevaba unas elegantes botas de alto tacón que le cubrían hasta la rodilla.

El espectáculo que ofrecía hubiera podido resultar fascinante para un hombre. Pero sobraba el látigo.

Sobraba aquel suplicio inhumano que yo no entendía.

Me di cuenta de que aquella hermosa mujer-verdugo tenía unos veintiocho o treinta años. Estaba en toda la potencia de su belleza. Los dientes rechinaban con rabia a cada nuevo latigazo que propinaba a su víctima.

No estaba sola.

Un tipo alto que llevaba una barbita recortada y tenía los ojos entornados, asistía al suplicio. Iba muy bien vestido. Quizá a causa de su barba o de su postura negligente tenía algo de cortesano de la Edad Media.

Reía quedamente.

Cada nuevo latigazo parecía producirle un nuevo placer.

Lucille se retorció de dolor, a punto de desmayarse.

Debía haber gritado antes de que la amordazasen, pero ahora apenas podía lanzar débiles gemidos que no atravesaban la puerta.

No sé cuánto tiempo dejé pasar así, aterrada, fascinada, sintiendo que todo daba vueltas en torno mío. Era como encontrarme en un sueño donde nada tenía sentido.

Pero de pronto reaccioné. Tenía que intervenir. Como fuese tenía que hacer algo. Me dispuse a bajar los peldaños que faltaban y saltar sobre aquella diabólica mujer. Pero en ese instante oí un chasquido arriba.

Alguien descendía. Eso significaba que iba a quedar acorralada

entre dos enemigos, entre los de abajo y el que llegaba desde el vestíbulo.

Bruscamente el miedo me dominó, me hizo vacilar y perder las fuerzas. Yo no soy un hombre sino una mujer. A aquellos seres que parecían llegados desde el fondo del tiempo les bastaría darme un par de golpes para convertirme en su prisionera.

Bruscamente me pegué a la pared. Como la escalera formaba allí una especie de ángulo y estaba muy mal iluminada, existía un cierto margen de posibilidades de que no me vieran. Además, yo por fortuna, llevaba ropas oscuras.

Vi bajar al criado que me había llevado la maleta, a «ojos de muerto».

Parecía muy excitado.

Tanto que pasó por mi lado casi rozándome, y sin embargo no me vio. Lanzó un gruñido mientras la mujer del látigo dejaba de golpear con un gesto de fastidio.

—¿Qué has venido a hacer, Pierre? —masculló.

El criado alzó un poco las manos mientras gruñía:

—He venido a avisarla.

—¿De qué?

—Están cometiendo demasiadas imprudencias, ¡maldita sea! Usted y Pascal creen que están en el fin del mundo.

—Sabemos perfectamente donde estamos. ¿Qué pasa?

—Pueden llegar personas al hotel. Ustedes piensan que sólo pueden llegar en el autobús que recoge a los viajeros en la estación y creen por eso que llegarán a horas fijas, ¿no? Pues se equivocan. Hace poco ha llegado una periodista en un taxi. Y después ha venido el químico Conan en su propio coche. Hace veinte años el autobús de la estación aún servía para algo. Ahora ya no, maldita sea. Deberían obrar con más prudencia.

—¿Por qué?

—La periodista ha oído gritar a Lucille sin duda cuando la sacaban de su habitación. Y me ha preguntado qué pasaba.

—¿Sospechaba algo?

No palpitaba inquietud en la voz de la hermosa mujer, sino más bien odio.

—No —dijo Pierre— puesto que le he explicado que sufría un ataque y que vendría una ambulancia a buscarla. Pero luego Lucille

ha gritado otra vez.

—¿Y lo ha oído alguien?

—No claro que no. Sólo Jacques. Pero pudo haberlo oído cualquiera.

—Por eso la hemos amordazado.

—De todos modos han cometido una increíble imprudencia. No sé qué piensan a veces. En el hotel hay gente que podría notar algo extraño, ¿no?

La hermosa mujer soltó el látigo. Gruñó:

—Tienes razón, Pierre. Gracias por advertirnos. ¿Hay alguien arriba?

—No. Sólo Jacques.

—Ayúdame a llevar a ésta.

—¿No me mancharé de sangre?

—Idiota... ¿Dónde ves la sangre? El látigo duele mucho, pero es de filo ancho. No llega a penetrar en la piel.

Noté que entre los tres desataban a Lucille, la cual se había desmayado. Durante un rato estuvieron dedicados a su propio trabajo y no tuvieron la menor posibilidad de verme.

Yo crispé los dedos desesperadamente.

Tenía que contar a la policía lo que había visto.

No era un asesinato, desde luego, pero resultaba lo bastante inquietante para que no lo dejaran pasar por alto de ninguna manera. Comprendí también que nada conseguiría poniéndome a chillar allí mismo y exponiéndome a que me inutilizaran, sino que me convenía escabullirme cuanto antes y telefonear.

De modo que subí en silencio mientras los demás desataban a Lucille.

Empujé la puerta con todos los nervios en tensión.

Si me veía Jacques que tenía su puesto de trabajo situado a pocos pasos, estaba completamente perdida.

Además la puerta produjo ruido.

Contuve la resistencia mientras me dominaba un sentimiento de miedo.

Estaba segura de que me atraparían.

Pero en aquel momento sonó el teléfono en el *comptoir*. Oí unos pasos que se alejaban.

Sin duda Jacques iba a atender la llamada.

Yo abrí entonces y en efecto le vi de espaldas manejando la centralita. Al principio me había parecido extraño que hubiera tan poco personal en aquel hotel, pero ahora ya no me lo parecía tanto. Podían fiarse de muy pocas personas, dadas las cosas tan extrañas que ocurrían allí.

Pasé por el vestíbulo ágilmente, sin hacer el menor ruido, y ascendí por las escaleras. Apenas había llegado a los primeros peldaños cuando Jacques, que sin duda había oído algo, dejó el teléfono y fue hasta la puerta del sótano.

—¿Alguien ha subido? —gritó desde arriba—. ¡He oído la puerta!

—¡No habrá cerrado bien! —Me pareció que gritaba Pierre desde abajo—. ¡Vuelve a tu puesto!

Todo aquello me dio un respiro para huir y me permitió llegar a mi habitación. Cuando me senté en la cama jadeaba. Esperé a recobrar el ritmo de mi respiración antes de descolgar el teléfono.

El mismo Jacques me atendió amablemente. Pedí que me diese línea.

Una vez obtenida no pensaba cometer la ingenuidad de llamar a la policía desde allí, porque sin duda Jacques controlaría la conversación. Lo que haría sería llamar a mi periódico, donde algunos compañeros teníamos una clave de alarma para llamar a la policía en casos difíciles sin que nadie lo notase.

Estaba segura que desde París mis compañeros llamarían a Le Havre, y la policía caería sobre Ville Lautien sin que aquellos buitres lo imaginasen. Tanto más cuando yo sólo habría hecho una inocente llamada a mi periódico. Pero la voz de Jacques me contestó:

—Lo siento, señorita, pero no le puedo dar línea porque las comunicaciones por teléfono están interrumpidas. Hay todo un sector que están reparando. Dominé mi nerviosismo.

—Es un grave inconveniente —dije con voz natural—. No sé cómo voy a ponerme en contacto con mi periódico. ¿Tienen servicio de Télex?

—No, señorita. Éste es un hotel residencial, no de negocios.

—Me gustaría decir que he llegado —musité— pero, en fin, tampoco tiene demasiada importancia.

Y colgué.

Supuse que mi voz había sido lo bastante natural como para que Jacques creyese que no había visto nada. De modo que salí otra vez de mi habitación y fui al vestíbulo.

El hombre vestido de negro parecía estar esperándome.

Me miraba fijamente, como si quisiera hipnotizarme.

No se encontraba solo. Otro hombre de apenas treinta años, de modales algo apocados y que llevaba el pelo algo largo se encontraba apoyado en el *comptoir*. Daba la sensación de no ser un viajero sino un empleado administrativo del hotel. Ni siquiera me miró. Jacques musitó:

—¿Va a salir, señorita?

—Sí. Iré a El Havre.

—¿Para telefonear?

Iba a decirle que le importaba un comino, pero preferí jugar el papel de chica que tiene las piernas bonitas y es un poco tonta.

—Puede que telefonee si tengo ganas —dije— pero lo esencial es que necesito dar una vuelta por la ciudad. No voy a aburrirme aquí hasta la hora de la cena.

—Verá... No hay medios de comunicación desde aquí, señorita.

—No me importa. Iré a pie.

Y fui a pasar.

El tío tuvo que aguantarse. No podía atreverse a detenerme porque sí. Iba a llegar a la puerta cuando vi algo que llamó poderosamente la atención en la entrada misma del vestíbulo. Junto a un diván, y sobre un búcaro de flores, había un gran retrato al óleo. En él estaba magníficamente representada la fascinante mujer a la que yo había visto poco antes en el sótano manejando el látigo.

Me detuve.

Sentía frío en las piernas, como si de nuevo me envolviera aquel clima de pesadilla que había notado cuando puse los pies en el jardín del hotel.

—¿Quién es? —musité.

Jacques dijo a mi espalda:

—¿Por qué lo pregunta?

—Es que resulta extraño encontrar cuadros de personas en los hoteles. Las únicas pinturas que se encuentran representan paisajes.

—Ya le dije que ésta había sido una antigua villa familiar —murmuró Jacques.

—¿Por eso se conservan cuadros?

—Sí, por eso.

—¿Y quién es esta mujer? Vamos, si no resulta indiscreto.

—Se equivoca —musitó—. No debe preguntar *es*. Debe preguntar *era*. Volví a sentir aquel frío más intenso cada vez.

—¿*Era*?

Mi propia voz me parecía lejana, falsa, como si procediese de otra garganta.

—Sí —dijo Jacques—. La señorita Lucrecia Lautier murió hace dos años. Tuvo un terrible accidente.

Noté que todo daba vueltas en torno mío. La sensación de lo desconocido se adueñó completamente de mí.

Aquel ambiente que no entendía me tenía hundida.

Todo falló.

Mis rodillas vacilaron y todo mi cuerpo dio un extraño giro. Rodé sobre la alfombra mientras oía como un chasquido lejano, como algo que ocurriera en un sitio muy distinto, el retumbar de mi cabeza.

CAPÍTULO VI

Cuando desperté, sentí una leve vibración en todo mi cuerpo como si éste estuviera sufriendo ligeras sacudidas. Abrí mucho los ojos e intenté moverme, todavía con esa confusa sensación del que está entre dos sueños. Entonces y sólo entonces me di cuenta de que me era imposible moverme por una sencilla razón: tenía las manos y los pies atados.

Poco a poco me fui dando cuenta de otras cosas. Por ejemplo de que iba tumbada en el diván posterior de un coche en marcha, el cual producía aquellas leves vibraciones que yo sentía en todo mi cuerpo. Por la amplitud del diván debía ser un coche grande y antiguo, de ésos en los que no se tenía en cuenta el consumo de gasolina. Me pareció que debía ser un «Renault Fregate» de los años cincuenta.

Yo estaba sola en la parte posterior, pero dos hombres iban en los asientos delanteros. A uno de ellos lo conocí confusamente aunque fuera de espaldas, porque me pareció que se trataba de Pierre. El otro era el tipo de la barbita a quien había visto con la mujer del látigo.

Me estremecí de horror, porque adiviné lo que todo aquello significaba. Si me habían sacado del hotel —sin duda sin que nadie se enterase— era para acabar conmigo. Yo ya sabía demasiado, y no iban a llevarme a dar un paseo a aquellas horas solamente para que tomase el fresco.

Lancé un gemido.

No sé si pedí socorro o simplemente me quejé, pero lo cierto fue que Pierre volvió la cabeza. Con una mirada llena de indiferencia, me contempló y luego dijo a su amigo:

—Parece que se va recobrando, Luc.

—Tanto peor para ella.

Creo que entonces grité, que grité con todas mis fuerzas, pero

esas fuerzas debían ser pocas porque el chillido apenas se oyó. Aceleraron, tomaron una curva a gran velocidad y yo parecí salir despedida contra el techo.

La misma sensación de que estaba perdida, de que iba a morir, me hizo —paradójicamente— tener una extraña serenidad. Comprendí que debía hacer algo, y ante todo saber dónde estaba y examinar el paisaje, porque si me hacían atravesar algún lugar habitado quizá tendrían algunas posibilidades.

Desgraciadamente el sitio adónde iba parecía completamente solitario y remoto. Ya de por sí, la zona cercana a Le Havre es bastante poética, pero también bastante siniestra, y abunda en bosques y enrevesadas colinas. Por una de ellas me estaban llevando, pero yo no sabía adónde.

Pronto tuve motivos para conocerlo. De repente el coche se detuvo y Luc dijo con voz pausada:

—Hemos llegado. Bájala.

Abrieron una portezuela y Pierre me sacó por el sencillo procedimiento de tirar de mis tobillos hacia fuera. Mi falda se había subido del todo, pero eso —y conste que mis piernas son bonitas— pareció importarles poco. Lo único que querían era acabar conmigo, y a eso dedicaban todos sus esfuerzos. Me arrastraron por el suelo. Yo gemí de dolor.

Pero el miedo, el horror, fueron superiores al daño físico cuando me di cuenta de la clase de sitio a que me habían llevado. Era un viejo cementerio, un lugar abandonado desde siglos atrás, una perfecta reliquia histórica. Por lo que vi era un cementerio normando donde no se enterraba a la gente desde muchos siglos antes. Muchas de las lápidas estaban rotas y algunas tenían signos cabalísticos que la ciencia aún no había podido descifrar.

Todo el ambiente era misterioso, lúgubre, siniestro. Me sentía tan asustada, tenía tal sensación de hielo en las venas que me fue imposible hasta gritar. Supe entonces por qué el miedo puede paralizar a una persona hasta dejarla totalmente indefensa, por qué el horror es a veces tan grande que una, para quitárselo de encima, puede desear morir.

Y sin embargo mi muerte iba a ser espantosa, iba a ser tan siniestra que había que remontarse a los peores suplicios de la Edad Media para encontrar algo parecido. Cuando vi que levantaban una

lápida comprendí que... ¡QUE IBAN A SEPULTARME VIVA!

Las fuerzas que aún conservaba me abandonaron por completo y mi mente se nubló, hundiéndome en una especie de sima negra que era muy parecida a la muerte. En cierto modo había perdido el sentido, pero aún podía oír un poco sus voces y darme cuenta de lo que significaban sus palabras. Por ejemplo Pierre estaba diciendo:

—¿Cuánto tardará en morir, Luc?

—No sé... Un día como máximo. Todo depende.

—¿Y cómo morirá? ¿Por asfixia?

—¡Pues claro! El aire se irá enrareciendo hasta que reviente. No va a ser una muerte divertida, eso te lo juro.

—¿Pero hay peligro de que la encuentren?

—¿Peligro? ¡Ninguno! Hace más de cinco años que nadie se acerca por aquí, desde que aquellos arqueólogos lo abandonaron. ¿Tú crees que a alguien se le va a ocurrir acercarse durante el próximo día?

—Nadie... Nadie. Je, je...

Y capté una risita silenciosa. Me di cuenta de que Pierre disfrutaba con los detalles, con los pormenores de lo que iba a pasar. Con una voz casi febril, una voz de auténtico maníaco farfulló:

—Explícame todo lo que va a pasar... Explica... Explica...

—Tú serás quien la meta en la tumba, Pierre. No te preocupes. Tú lo verás todo.

La risita se repitió. Me di cuenta de que estaba en poder no sólo de un par de monstruos, sino también de un par de locos. Aquello resultaba tan incomprensible, tan absurdo, que de mi garganta escapó un leve estertor que era como una inútil y desesperada demanda de socorro. Pero de nada me sirvió.

La vieja tumba ya estaba abierta.

Noté que me arrastraban hasta ella.

De pronto Luc gritó:

—¡Abajo!

Di una vuelta sobre mi misma y caí. En el fondo de aquella tumba aún se conservaban unos huesos remotos, unos huesos medio convertidos en polvo y que llevaban siglos y siglos allí. Huesos de algún viejo guerrero desconocido junto a los que se pudrirían los míos. Unos huesos que parecían surgidos del Más Allá y entre los

que yo me corrompería para siempre.

Pierre parecía loco de excitación. Me miró a la luz de la lima.

Era un auténtico monstruo surgido del infierno, pero ya no me quedó tiempo para pensar. Noté que Luc apartaba a Pierre cuando éste se iba a lanzar sobre mí. Sin duda no quería perder tiempo.

—No podemos estar mucho tiempo aquí —gruñó—. Al amanecer hemos de estar lejos de aquí.

Noté que removían la lápida. De mi garganta escapó un último, un lacerante, un angustioso grito de horror. Luego la lápida fue colocada. La oscuridad más impenetrable se hizo en torno mío.

ME HABÍAN ENTERRADO VIVA.

Todas las historias que yo había leído sobre suplicios de aquella clase, y que siempre me parecieron fantásticas, se habían convertido de pronto en una sórdida realidad. Por un momento atravesó mi mente el pensamiento de qué creerían cinco o diez años más tarde, los arqueólogos, cuando descubrieran mis huesos. ¿Qué quedaría de mí? ¿Tan sólo unos restos convertidos en polvo? ¿O quizá mi cuerpo no se corrompería del todo y seguiría teniendo por los siglos la mueca que sin duda tenía ahora?

Y sobre todo: *¿cuánto tardaría en morir?*

La experiencia de ser enterrado vivo es una experiencia en la que todos pensamos alguna vez, pero que nos parece tan lejana y absurda que no podemos imaginarla siquiera en toda su terrible realidad. Creemos que es algo que sucedió en la Edad Media tal vez, pero que ahora no sucede. Y sin embargo yo estaba ahora metida en una fosa, yo iba a morir poco a poco, iba a morir... ¡IBA A MORIR!

Chillé desesperadamente, aun sabiendo que nadie me oiría, y luego me di cuenta con horror de que estaba gastando así el poco oxígeno que quedaba en la tumba. Llenando una y otra vez mis pulmones de aire, para poder gritar, sólo conseguiría hacer mi agonía más espantosa.

Entonces cerré la boca, respirando casi con sigilo, y perdí la noción del tiempo.

Eso fue lo primero que noté en aquel espantoso suplicio: había perdido la noción del tiempo, no sabía el día, la hora, el sitio. Era como si estuviese muerta ya. Pero mi corazón latía aceleradamente y mis pulmones empezaban a quemar, señal evidente de que el oxígeno se iba agotando y de que la verdadera agonía empezaba.

Me revolví con todas mis fuerzas.

Con toda mi ansia.

Lo peor era que no entendía nada ni sabía por qué me asesinaban, pero un pensamiento se iba imponiendo sobre los demás, un pensamiento me atormentaba y me volvía loca: No quería morir. No quería morir... ¡NO QUERÍA MORIR!

Giré en la tumba.

Mi garganta pareció estallar en un grito que ya no llegó a surgir, un grito desesperado y lacerante.

Pero de pronto me detuve.

¿Qué era aquello?

¿Alguien estaba removiendo la tumba desde fuera?

¿QUE HACÍAN?

Mis nervios, mis sentidos parecieron estallar a causa de la presión terrible a que los sometía.

Pero era verdad.

Alguien abría... Abría...

... ¡ABRÍA!

La luz de la luna cayó de lleno sobre mí y entonces me di cuenta de que sólo debían haber transcurrido dos o tres horas desde mi encierro, aunque a mí me parecía que había transcurrido una eternidad.

Un hombre removía en efecto la losa.

Con voz ahogada pidió:

—Espera... No hagas ningún esfuerzo. Debes estar ahogada... Espera... Espera...

Poco a poco me sacó de allí. El solo hecho de respirar aire puro, de ver la luz me produjo tal conmoción que estuve a punto de perder el sentido otra vez. Cuando me liberaron manos y pies, creo que me puse a llorar silenciosamente.

Entonces me pude fijar un poco en el hombre que me había ayudado. Era fuerte, joven y tenía los cabellos rubios. Creo que era muy guapo, la verdad, pero en ese momento poco me hubiera importado todo lo contrario. Creo que en ese momento no me hubiese importado ser salvada por el hijo del Conde Drácula.

Con voz tranquilizadora preguntó:

—¿Te sientes mejor?

—Creo que... que sí.

—No te muevas. Necesitas todavía descansar un buen rato.

Era verdad, porque las fuerzas no habían vuelto a mí todavía. Mientras intentaba respirar profundamente pregunté:

—¿Cómo te llamas?

—Jean.

—¿A qué te dedicas?

—Tengo una profesión muy estúpida.

—¿Qué profesión?

—Soy investigador privado.

Yo no había visto nunca a un investigador privado, pese a la mucha gente que conozco, y le miré con curiosidad. En efecto era joven y muy atractivo. Me di cuenta de que vestía de una forma deportiva y despreocupada, y de que tenía músculos de atleta. Pero lo que más me gustó fue la mirada limpia de sus ojos, una mirada que tranquilizaba e infundía confianza. Quizá todo aquello era absurdo, pero tuve la sensación de que, a su lado, nada malo me podía pasar.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —Pude farfullar.

—Te he seguido.

—¿Desde dónde?

—Desde Villa Lautien, por supuesto.

—¿Y cómo has tardado tanto en... en sacarme de ahí?

—He tenido que buscar. No sabía en qué tumba te habían metido.

Y añadió con voz opaca:

—No creas que te vengo siguiendo tan sólo desde aquel siniestro hotel.

—¿Pues desde dónde me sigues?

—Desde un sitio que se llama Amboise Cotterets.

—¿Qué?

—Desde un sitio que se llama Amboise Cotterets —repitió él—. Supongo que has entendido ese nombre.

Yo lo había entendido perfectamente, pero la verdad era que no despertaba ningún recuerdo en mí. Era un nombre remoto y que no me traía a la memoria la menor imagen. Jean musitó:

—¿Qué dices?

—¿Qué digo a qué?...

—Si ese nombre no te sugiere nada.

—Na... nada absolutamente.

—Estás peor de lo que creía, Olga —susurró.

—¿Olga? ¿Cómo conoces mi nombre?

—¿Pero cómo es posible que?...

No contestó. Por el contrario, me izó con sus fuertes brazos y me sujetó por debajo de los hombros para llevarme hasta un coche que estaba detenido a la entrada del viejo cementerio. Era un coche bonito, un «Ford Capri» color burdeos. Me hizo entrar en él y yo perdí de nuevo la noción de las cosas. Si he de decir verdad, no tengo idea de adonde me llevó, o al menos no la tuve entonces.

Cuando empecé a recuperarme, amanecía ya. Vi que entrábamos en una pequeña población y que entrábamos en un agradable hotel a orillas del Sena. Debía ser un hotel de pescadores y tenía un aspecto acogedor y simpático. También debía ser un hotel para planillos, puesto que el conserje no nos preguntó nada ni nos pidió la documentación. Debió pensar que queríamos hacer esa cosa tan patriótica que se llama incrementar el censo.

Por eso quedó tan sorprendido cuando Jean dijo que quería dos habitaciones separadas. Preguntó algo así de si íbamos a seguir haciendo tonterías, nos dio las llaves y se quedó dormido.

Yo me hundí en la cama, blanda y acogedora, apenas me vi envuelta por la soledad. Un tibio amanecer entraba por la ventana. Jamás pude imaginar que fuera tan maravillosa la sensación de estar viva.

Pero sin embargo mi sueño, pesado y profundo, estuvo lleno de pesadillas. Docenas de veces, con los ojos cerrados, gemí mientras tenía la sensación de que me estaba hundiendo en la sima helada de la muerte.

CAPÍTULO VII

Debía ser mediodía cuando él mismo me entró una bandeja con una barbaridad de cosas apetitosas. Parecía haber escogido todo lo necesario para reanimar a una chica que quiere vivir. Lo puso todo en una mesa y me pidió que comiese. Cuando volvió, una hora más tarde, yo no sólo había comido sino que me había dado una ducha tibia. Me sentía mucho mejor y mi cerebro volvía a funcionar otra vez, aunque en él no hubiese de momento más que horrores y sombras.

—¿Animada? —preguntó.

—Sí. Mu... mucho más.

Me ofreció un cigarrillo.

—¿Te gustan?

—Sí, esta marca sí.

—Pues fuma tranquila. También puedes beber una copa.

—¿Una copa? ¿Y de dónde vas a sacarla?

—Llevo una petaca de Hennessy.

La sacó. El Hennessy es un coñac que llega a extasiarme, de modo que bebí un buen trago. Luego él, como por descuido, dejó caer sobre la bandeja una foto. —Está tomada con teleobjetivo— dijo.

La miré.

—Pues no tiene nada de particular —dije.

—¿Lo reconoces?

—Es un cochecito utilitario.

—¿No te trae nada a la memoria?

Sacudí la cabeza.

—No —dije con una sonrisa.

—¿Qué coche tienes ahora?

—Un

«R-30»

pero es demasiado caro. Lo estoy pagando a plazos.

—¿Y cuál tenías antes?

—No sé...

—¿No era éste?

Lo miré con curiosidad. Mis ojos se iban nublando, pero al mismo tiempo una serie de remotas lucecitas se encendían y apagaban en mi cerebro. Con voz que no parecía la mía susurré:

—Sé que tuve algún otro coche antes, pero en fin, no..., no recuerdo.

—Cambiate después de estar dos meses en la clínica —dijo él—. El anterior, es decir éste, te lo habían robado y nunca más apareció.

Hundí la cabeza.

Los pensamientos iban volviendo a mí, me iban torturando, pero no podía avanzar por ellos. No me daba cuenta de lo que me pasaba. Era un suplicio sin nombre.

—Tus compañeros de la redacción decidieron no hablarte de nada de aquello —dijo él con voz tranquila—. El médico se lo pidió.

—¿No hablarme... de qué?

—Son buenos amigos. Harían cualquier cosa por ti, incluso callar, que es lo más raro que puede hacer un periodista.

—¿*No hablarme de qué?* —repetí.

—De lo que te había pasado.

—¿Qué me había pasado, Jean?

El dejó caer otra foto como por descuido. También se notaba que estaba tomada con teleobjetivo. Era uní vista de una calle por la que se entraba a una ciudad pequeña.

—¿La reconoces? —murmuró.

—Pues... Pues...

—¿*La reconoces?*

Hice un terrible esfuerzo. Mis dedos rozaron aquella foto como si quisiera acariciarla.

Luego barboté:

—Una calle... Aquí..., aquí había un bar. Sus ojos se iluminaron.

—Sigue... —pidió—. ¡Sigue!

—Y más abajo había una especie de cárcel. Pero... ¡Dios mío! Yo no he estado nunca allí. No he estado nunca... ¡Nunca!

Tuve la sensación de que iba a sufrir un ataque de nervios. De pronto me pareció que algo estallaba en mi interior. Hundí la cabeza sobre la mesa y me recorrió un profundo sollozo.

—Esa población se llama Amboise Cotterets y no vive nadie en ella —dijo Jean con voz opaca—. Y ahora llora todo lo que tengas ganas, Olga. Llorar...

Se alejó poco a poco hacia la puerta. Yo le miré con ojos desenchajados mientras intentaba ponerme en pie.

Pero mis fuerzas fallaron otra vez. Había algo en mi cerebro que se rompía espantosamente cuando intentaba recordar. Caí a tierra pesadamente mientras me recorría un espasmo.

CAPÍTULO VIII

Esta vez él me dejó sin ayuda, sin atenderme, como si yo no existiera. De pronto parecía haberse despreocupado por completo de mí, a pesar de lo cual yo me sentía más tranquila, más sosegada en aquella habitación donde sabía que nada malo había de sucederme.

No recuerdo qué hora era cuando me puse en pie y me metí en la cama de nuevo. Jean debía haber dado orden de que no me molestaran, porque nadie entró. De pronto me di cuenta de que había oscurecido, de que volvía a ser de noche, pero yo seguía sin tener una noción clara del tiempo.

Intenté serenarme.

Tenía que volver a ser dueña de mí misma o estaba perdida. Tenía que pensar, pensar, pensar... Pero una cosa se me aparecía clara para mí, y era que yo no estaba sola en el mundo. Podía llamar a la redacción y me ayudarían. En dos o tres horas vendría un coche a recogerme.

Descolgué el teléfono y disqué el número de conserjería.

Una voz amable me contestó:

—Diga, señorita...

—Quisiera una comunicación con el periódico *France-Soir*, en París.

—¿Con París?

—Sí.

—No puedo, señorita.

Me estremecí.

—¿Por qué?

—La línea está averiada.

Era más o menos lo mismo que me habían dicho en Villa Lautien. «La línea está averiada». Eso significaba que estaba aislada, perdida, que no me podía comunicar con nadie.

En pocas palabras... QUE VOLVÍA A ESTAR EN MANOS DE TODOS AQUELLOS MONSTRUOS.

Pero intenté serenarme. No me serviría de nada dejarme llevar por el miedo.

Intentando que mi voz sonase natural dije:

—Pues póngame con la comisaría de policía.

—No la hay aquí.

—Bueno, con los gendarmes.

—¿Tiene alguna queja? ¿Le ocurre algo?

—No, pero quiero hablar con los gendarmes.

Hubo una vacilación.

—No puedo, señorita —se oyó la voz al fin.

—¿Por qué?

—Le he dicho que la línea está averiada.

Y colgaron.

La sensación de hielo volvió a correr por mi cuerpo. Un estremecimiento angustioso me sacudió.

Estaba otra vez acorralada.

Los largos brazos de la muerte habían llegado de nuevo hasta mí. No tenía escapatoria. Era como si de nuevo me sintiese en el fondo de la tumba.

Pero me quedaba Jean. Jean tenía que estar allí y me prestaría ayuda. De modo que me vestí con las ropas que previamente había limpiado un poco, me arreglé el pelo y salí al pasillo.

Entonces me fijé mejor en él.

Era un pasillo largo, tenebroso.

En él apenas había luces. Resultaba extrañamente tenebroso. Yo diría que habían apagado algunas bombillas.

¿Pero para qué?

¿Quién estaba allí?

¿Qué querían?...

Y sobre todo, ¿dónde estaba Jean?

Sin darme cuenta lancé una especie de gemido.

Y entonces una de las puertas contiguas se abrió. Vi el rostro de Jean que aparecía por el resquicio. En sus labios se dibujaba una ancha sonrisa, como si quisiera animarme.

Yo también sonreí. De pronto lo vi todo salvado. Tendí una mano hacia él mientras murmuraba:

—Creí que te habías ido...

Salió del todo y me tendió la mano también. Su sonrisa seguía siendo alentadora, tranquila. Vino hacia mí.

Y de pronto ocurrió aquello.

Fue como en una lejana pesadilla.

Todo ocurrió igual que en una cámara lenta.

Igual que en un extraño *ballet*.

De pronto aquel hombre surgió de entre las tinieblas.

Era alto, fuerte. Vestía de negro. Sus ojos estaban cubiertos por unas gafas que eran negras también. En cambio sobre sus labios descansaba un sólido bigote pelirrojo.

Fui yo la que se dio cuenta de lo que iba a suceder, fui yo la que le vio aparecer sin que Jean lo notara. De pronto intenté apartarle.

Ya no llegué a tiempo.

El aparecido llevaba una pistola y la empujó por el cañón. Dejó caer rabiosamente la culata sobre la cabeza de Jean.

Se oyó un chasquido.

Y un leve grito.

Brotó la sangre.

Jean se tambaleó.

Y otra vez aquel trágico *ballet* en cámara lenta.

Las luces negras.

La culata que golpeaba de nuevo.

Jean se estrelló contra la pared y dejó de moverse. Me di cuenta de que yo también estaba perdida. Con todas mis fuerzas chillé, chillé desesperadamente, arañé el aire y salté contra una de las puertas con el único deseo de hacer ruido, el deseo de que me oyeran en todo el hotel y alguien me ayudase.

¡No podían dejarme sola!

¡Tenía que haber más gente allí!

Pero vi con horror que nadie me ayudaba. Todo aquel pasillo era una larga sucesión de puertas inmóviles, puertas que no se abrían ni se abrían jamás. Yo volvía a encontrarme en el fondo de mi tumba.

Creo que giré sobre mí misma.

Noté confusamente que aquel desconocido se llevaba a Jean arrastrándolo escaleras abajo.

Y luego nada.

Creo que me estrellé contra algún sitio.

Que perdí el conocimiento.

Que otra vez sentí el miedo quemándome las vísceras.

CAPÍTULO IX

Cuando lo recobré, tuve una sensación agradable. No fue la sensación de la mujer a la que van a matar. Todo lo contrario. Estaba en la cama y me introducían en la boca un líquido fuerte y cálido.

Tardé en darme cuenta de que era coñac caliente con algún estimulante. Tosí y me revolví con un gesto de resistencia, pero las fuerzas estaban volviendo a mí. Me obligaron a beber y me sentí mejor.

Miré entonces en torno mío. Estaba en mi habitación.

Una mujer joven y agradable me estaba dando a beber aquello. Luego me colocó la cabeza bien en la almohada y dijo:

—Verá qué bien le sienta esto. Se va a sentir mucho mejor.

Hice una mueca y barboté:

—Jean...

Ella se volvió hacia mí.

—¿Qué dice? —preguntó con una sonrisa.

—Jean...

—¿Es el nombre de su marido?

—No.

—¿Pues quién?

—El me... me acompañaba.

La mujer sonrió entonces más ampliamente. Parecía haber entendido. Con un gesto de asentimiento dijo:

—¡Ah, sí! Me lo han explicado. Usted venía con un joven.

—Ése era Jean —susurré mientras mis ojos brillaban con esperanza, al ver que al menos me entendía alguien.

—Sí, pero se ha ido.

—¿Qué?...

—Se ha ido.

—Miente —dije secamente. Mi cuerpo apenas podía moverse

porque me fallaban las fuerzas, pero mi voz era agresiva y ronca. Era una voz extraña y dura en la que palpitaba una latente amenaza.

La desconocida me miró con sorpresa.

—¿Por qué cree que miento? —susurró.

—A Jean le han atacado por la espalda. Se lo han llevado a la fuerza.

—¿Quién?

—Un tipo alto, con gafas negras, que usaba un bigote pelirrojo.

Me miró con curiosidad y casi con compasión, como la enfermera que mira a una niña un poco tonta.

—Se equivoca —musitó.

—¿Por qué dice eso?

—Porque el hombre de las gafas negras y el bigote pelirrojo lo acaba de inventar usted. Ese hombre no existe.

Sentí que mis nervios vibraban, sentí que mis músculos me dolían de tanta tensión, pero esta vez tuve serenidad. De pronto, me había convertido en una especie de zorra que olía el peligro.

—Tiene razón —dije, con una voz demasiado tranquila para ser sincera—. Últimamente he tenido muchas pesadillas, ¿sabe? Los médicos me lo han dicho. Llegaron a tenerme en una casa de reposo.

La desconocida debió darse cuenta de que yo mentía, pero no desconfió. Pareció tranquila con lo que le había dicho. Se dirigió a la puerta y aconsejó desde allí con una sonrisa:

—Ahora descanse.

Yo no descansé.

¿Cómo demonios iba a hacerlo?

Apenas aquella diabólica mujer se hubo largado, apenas comprendí que me la había sacudido de encima, tomé una decisión. Necesitaba huir de allí ahora mismo, costara lo que costase.

Puesto que me habían metido en la cama vestida (y ésa era otra prueba de que yo había estado antes en el pasillo efectivamente) me deslicé hasta la ventana y traté de abrirla, pero la habían clavado. Yo me encontraba allí más encerrada que si me hubiesen metido en una celda.

Fui hacia la puerta.

La habían cerrado por fuera.

Me sentía tan terriblemente asustada que hasta los músculos me cosquilleaban a causa de lo mal que circulaba mi sangre, pero el mismo miedo me había dado una gran serenidad. Busqué en la habitación algo que me permitiera forzar la sencilla cerradura y encontré un abrecartas. Después de muchos esfuerzos y sintiendo que el nerviosismo me consumía, logré al fin vencer la resistencia del pestillo.

Se produjo un chasquido. Abrí.

Miré en torno mío.

El pasillo vacío.

Las puertas cerradas...

Pero ahora había más luz porque las bombillas antes apagadas habían sido encendidas de nuevo. Yo recordaba bien los detalles y eso significaba que no había soñado antes. Ni yo era una visionaria ni estaba loca.

Poco a poco anduve por el pasillo.

Silencio...

Era agobiante aquella sensación de muerte.

Las escaleras...

Apenas un rumor abajo.

Y la manchita de sangre en una pared. Era la sangre que había saltado de la cabeza de Jean cuando le golpearon. Eso significaba... ¡que yo no había estado soñando! ¡Yo no era una loca! ¡NO HABÍA ESTADO SOÑANDO!

Aunque aquella alegría fuese absurda, una especie de frenesí se apoderó de mí. Bruscamente recobré toda la confianza en mí misma. Comprendí que tenía que escapar de allí y decidí hacerlo. Ahora nada podría detenerme.

Había otra ventana al fondo del pasillo y ésa no debía estar clavada. En efecto, la pude abrir. Vi que me encontraba a la altura de un primer piso y que no me iba a ser difícil saltar hasta la calle.

Por ésta, a causa de la hora, no pasaba nadie. Era la típica calle secundaria de una ciudad departamental francesa donde cuando alumbra la luna sólo se pasean los gatos de malas costumbres. Los de buenas costumbres se quedan en casa.

Primero arrojé los zapatos de tacón porque con éstos podía romperme un tobillo.

Luego salté yo descalza, consiguiendo caer perfectamente bien.

Por supuesto que me rompí las medias y que el dolor que sentí en las piernas fue como para desalentar a cualquiera, pero eso era lo de menos. Por primera vez en muchas horas me sentía libre y tenía la sensación de que empezaba a vivir.

Me calcé, miré en torno mío y me di cuenta de que nadie había advertido mi fuga. Los alrededores estaban tan tranquilos como siempre. De todos modos fui andando con paso natural, para no llamar la atención, hasta la próxima esquina.

Una vez allí traté de orientarme. Lo esencial era encontrar la gendarmería. Pregunté en una gasolinera cercana y me indicaron que estaba a unos cien metros de allí.

En efecto, tuve suerte.

Vi la luz de la entrada, detrás de los cristales esmerilados. Un aburrido gendarme paseaba de un lado a otro. Me saludó cuando pasé, dirigiendo una mirada a mis curvas, una mirada de buen padre de familia que se gana el sueldo pero también de perfecto conocedor de tías buenas.

Sin embargo, maldita si yo me acordaba en aquellos momentos de que era una mujer. Cuando entré en la gendarmería, lo único que me interesaba era aclarar aquel lío sin sentido, en qué causa estaba metida. Tratar de salvar a Jean y demostrar al mismo tiempo que yo no era una loca.

Un hombre estaba de espaldas en el único despacho, ordenando unos papeles en el archivador. Iba de paisano. Cuando yo saludé, me contestó con un gruñido.

—Quiero hacer una denuncia —dije un instante después, en vista de que no se volvía.

—Un momento.

Acabó de ordenar los papeles, cosa que al parecer le importaba mucho, y se volvió. Fue entonces cuando le vi perfectamente la cara.

Cuando vi sus gafas negras.

Su bigote pelirrojo.

Cuando vi... ¡al mismo hombre que había atacado a Jean!

Bruscamente mis rodillas estuvieron a punto de ceder. Mientras todo mi cuerpo se arqueaba hacia adelante, lancé un grito.

CAPÍTULO X

Me estaba ocurriendo lo más absurdo, lo más increíble que me podía ocurrir. El criminal que había atacado a Jean... ¡Estaba allí! ¡Formaba parte de la policía francesa!

O eso era verdad o yo era una visionaria y estaba loca. Mis ojos estuvieron a punto de saltar de las órbitas mientras aquel tipo gritaba bruscamente:

—¡Que no salga de aquí!

Me lancé bruscamente hacia la puerta. Un gendarme intentó detenerme, pero tuve la suficiente mala baba para propinarle un rodillazo en el bajo vientre. El tío se quedó bramando mientras hacía una especie de paso de la oca levantando una pierna. El del bigote pelirrojo gritó de nuevo:

—¡Cuidado con ella!

Tuve suerte porque a aquella hora sólo había dos gendarme de servicio. El que yo había dejado sin ganas de acercarse a una mujer y el de la puerta. Ése debía estar bastante distraído, porque cuando oyó los gritos yo ya había salido a toda velocidad.

Me metí en una calle oscura.

Oí voces.

Y el ruido del motor de un coche.

Sin duda pensaban dar una batida por la población para encontrarme. Eso me indicó dos cosas: primera que no podía volver al hotel, y segunda que debía huir de todos los sitios donde hubiera asfalto.

Salté una valla, atravesé un patio y me encontré en un camino vecinal de tierra apisonada. La sensación de que estaba perdida y al mismo tiempo rematadamente loca, se apoderó por completo de mí. Esa última sensación era la que más me aterrorizaba, y juro que en ese momento, con tal de acabar de una vez, no me habría importado morir.

Sólo el puro instinto me guiaba y me sostenía en este momento. Dejé el camino vecinal, puesto que también por allí acabaría pasando el coche de mis perseguidores, y atravesé unos campos. Luego salí a otro camino vecinal y desde allí fui a parar a una carretera donde había un parador abierto. Un par de camiones estacionados ante la puerta me dieron la sensación de lugar habitado y tranquilo.

Por supuesto que la policía también acabaría entrando allí, pero supuse que me quedaba tiempo para hacer una llamada. Vi que en el local sólo había en aquel momento una camarera de aspecto simpático, los dos camioneros que estaban medio dormidos hasta que se les pasase el efecto de la «copa de más» y un hombre con un cierto aspecto de galán de película de los años cuarenta, que me sonrió amablemente. Me dirigí a la camarera.

—¿Puedo poner desde aquí una conferencia a París? —pregunté —. Le aseguro que es muy importante.

—Sí, claro, siempre que pague el importe. Cuando usted termine de hablar, pregunte lo que cuesta.

—Bien, gracias.

Pasé a la cabina.

Me sentía tan tensa —porque en cualquier momento podían llegar mis perseguidores— que ni siquiera recordé en el primer instante el número del *France-Soir*. Cuando lo disqué, el pulso me temblaba. La voz somnolienta de la telefonista me contestó:

—Hola, Olga —dijo—, ¿con quién quieres hablar? ¿Con el director o uno de los redactores jefes? No, ahora no están. Todo el mundo se ha marchado y sólo queda el encargado del archivo.

—Es igual. También él podrá ayudarme. Ponme.

Un instante después oí la cansada voz de Favert, el archivero jefe. Un poco más allá se oía un runruneo y otra voz.

Me preguntó:

—¡Hola, Olga! ¿Noticias a estas horas? ¿Qué pasa?

—Necesito que me ayudes, Favert.

—Pues claro que sí... ¿En qué?

—Los policías de aquí son unos criminales.

—Hombre, los policías, ya se sabe. Pregúntales a los estudiantes revoltosos de la Sorbona... ¡La de campañas que hemos hecho con eso!

—No, no me entiendes... En la policía de aquí se ha infiltrado un asesino. Tengo entre manos un reportaje sensacional, pero al mismo tiempo me parece que estoy perdida.

Necesito que me ayudes.

—Tú siempre estás metida en líos. ¿Qué necesitas?

—Un coche que me venga a recoger al cruce de carreteras Le Havre-Cherburgo, donde se encuentra el parador La Conciérgerie. Todos vosotros lo conocéis. Que el coche se pare unos momentos allí con los faros encendidos y el motor en marcha y yo probaré de colarme dentro sin llamar la atención. Estaré escondida.

—Oye, no creas que eso está a la vuelta de la esquina... Suponiendo que vaya yo mismo tardaré dos horas. ¿Qué clase de lío es éste?

—Por favor, te necesito, Favert. Necesito esa ayuda desesperadamente, ¿entiendes? No puedes dejarme en la estacada ahora.

—De acuerdo, de acuerdo... Espera que pregunte por el otro teléfono si puedo irme ahora. Estaba archivando entrevistas grabadas hace tiempo en cinta magnetofónica, y ése es un trabajo que no se puede dejar así como así.

Oí que depositaba el teléfono sobre la mesa. Entonces la voz de la cinta que corría en el magnetófono llegó con perfecta claridad a mis oídos. Era una voz lenta, monótona, aburrida, pero no tuve más remedio que captarla.

«La técnica de los electroimanes... Es decir... El conjunto de fuerzas de gravitación que se presentan en un campo y que pueden ser utilizadas como vectores... Es decir... Toda la moderna dinámica que podría montarse sobre esas fuerzas de utilización absolutamente económica... Es decir... Si la moderna industria fuera capaz de... Es decir... Si de una vez comprendiéramos que tenemos a nuestra disposición fuerzas no utilizadas y que aplicadas convenientemente... Es decir...»

Todo aquello era muy aburrido, muy técnico. Sin duda la entrevista con un viejo sabihondo, porque la voz resultaba bastante cascada. No tenía por qué prestar la menor atención a aquel rollo.

¿Pero qué fue lo que me hizo estremecer?

¿Por qué vibré?

¿Por qué sentí otra vez el soplo helado de la muerte?

—¡Favert! —grité con todas mis fuerzas—. ¡Favert! El se puso en seguida.

—¿Qué pasa? ¿Es que tratan de ofenderte, hija? Pues yo conozco algunas que no se quejarían...

—Favert... —susurré—, dime de quién es esa voz.

—¿La del magnetófono? La del profesor Sollier. Murió hace un año. La iba a archivar ahora porque nos puede ser útil y a veces conviene llevarla a alguna emisora de radio. ¿Qué es lo que pasa para que te excites tanto? ¿Es que esa voz te pone romántica? ¡No me digas!...

—Ese hombre tenía un «tic» mental, ¿no?

—Sí, claro. Repetía constantemente el «es decir». Se le conocía por eso.

—¿Dices que murió... hace un año?

—Claro. ¿Qué pasa?

—¿Y que era una especie de genio de la técnica aplicada al electroimán?

—Sí, desde luego. Su muerte fue una lástima. Todo el mundo dijo ante el ataúd que le hubiese aguardado un brillante porvenir y luego se fue a una sala de fiestas a olvidarse del muerto.

—¿Qué hicieron con el cadáver, Favert?

—¿Y a mí qué me preguntas? Te aseguro que no me lo comí.

—Por favor, haz memoria.

—Un archivero tiene memoria, pero no tanta.

—¿Podrías averiguarlo?

—Claro, pero ¿qué es más importante? ¿Qué te venga a buscar o que lo averigüe?

—Que me vengas a buscar. De todos modos deja una nota para que investigue eso alguien a primeras horas de la mañana. Si no estoy ahí, procuraré llamar de algún modo. Ah, todavía hay otra cosa.

—¿Encima algo más?

—Sí. Yo identifiqué el cadáver de un matemático llamado Kunzer.

—Sí, de eso me acuerdo bien.

—Necesito datos sobre ese hombre. Es importante, mucho más importante de lo que puedas imaginar.

Ante mi sorpresa, Favert resultó ser un experto en el tema. Me

dijo en voz baja, como si aquello fuera una confabulación:

—Menudo pájaro el tal Kunzer... Yo había averiguado bastantes cosas y se las soplé al director, pero no quiso publicirlas porque dijo que podía ser comprometido no teniendo pruebas concluyentes.

—¿Qué pruebas? ¿Pruebas de qué?

—De que había sido un antiguo nazi, un técnico de los campos de concentración; un frío asesino, en pocas palabras. Algunos antiguos miembros de la Resistencia lo saben, pero estando muerto el tío ya no quieren declararlo ante un tribunal. ¿Para qué?... Fue uno de los grandes practicantes de la ciencia del exterminio y el que hizo los cálculos para las cámaras de gas más perfectas: presión del aire, personas por metro cuadrado, tiempos de inhalación y muerte, cálculo de probabilidades de supervivencia, métodos para el arrastre y apaleo de restos humanos... En fin, un asesino de la peor especie, puesto que esos cálculos lo mismo podían servir para liquidar a una madre gestante que a un niño. Yo creo que está bien muerto y pienso que ojalá hubiera reventado antes. Además... ¡Ah, sí, otra cosa!

—¿Qué, Favert?

—Era un necrófilo.

—¿Un qué?...

—Bueno, si tú lo sabes mejor que yo... Uno de esos tíos locos a los que sólo atraen las tías muertas. Era de esos hijos de perra.

Yo sentía que el auricular me temblaba en las manos.

Que un zumbido horrible me taladraba el cerebro.

Dije con un hilo de voz:

—Por favor, no falles. Confío en ti.

Y colgué. Después pedí a teléfonos el importe de la conferencia. Cuando salí, lo mismo la camarera que el hombre con pinta de galán de los años cuarenta me miraban fijamente.

—Tome —susurré—, me han dicho que son cuatro francos. Aquí van siete.

—Gracias —dijo la chica—. ¿Algún accidente? ¿Quizá una avería en el coche?

—Sí, una avería en el coche —mentí.

El tipo con aspecto de galán pasado de moda susurró:

—Aunque la hora sea mala, puedo llevarla a buscar un mecánico.

Yo sabía lo que pretendía. No encontraríamos un mecánico jamás, y lo único que el tío pretendía era darse un lote. Pero pensé que iba a quedarse con un palmo de narices, porque le pararía los pies, y además iba a librarme de un apuro. Los policías no tardarían en llegar, y si me sorprendían allí estaba perdida. La camarera daría mis señas sin ninguna duda. Por otra parte, quedaba un largo camino a pie hasta el enclave estratégico en que yo había citado a Favert.

Por lo tanto accedí:

—Me sabría mal causarle molestias —dije con una sonrisa prometedora.

—¡Oh, molestias ninguna...!

Y me llevó a su bólido, un «Buick» tan anticuado como él. Lo primero que hizo fue equivocarse con el cambio de marchas y meterme la mano en la rodilla, pero eso aún podía pasar. El tío dijo:

—Tienes la medias rotas.

—Sí.

—¿El accidente?

—Claro...

—Bueno, eso lo arreglamos pronto.

Y me besó.

Me estuve quieta. Hasta ahí casi se podía llegar. El tío interpretó mi pasividad mal, sin darse cuenta de que estaba al borde del guantazo. Se puso serio y quizá pensó que podía llegar más lejos.

—¿Adonde quieres que vayamos? —preguntó.

—Al cruce de la carretera Le Havre-Cherburgo. Hay allí un restaurante que se llama La Conciérgerie.

—Sí, pero estará cerrado a estas horas.

—No importa. Mi coche está allí.

—Pues sí que has andado rato hasta encontrar un teléfono...

—Me ha traído otro automovilista —mentí—. Los dos pensábamos que aquí íbamos a encontrar un mecánico.

—De acuerdo, te llevaré.

Y el manso ya no intentó sobrepasarse más. Eché un poco el cuerpo para atrás, cerré los ojos y me sentí sumergida, hundida en aquella especie de mar de pensamientos. Todos me daban miedo, todos me pinchaban los nervios, todos hacían que una especie de rítmico estremecimiento sacudiera mi cuerpo.

En los intervalos en que abría los ojos, no veía más que la cinta gris-negra de la carretera y los bosques de ambos lados. Todo aquel paisaje era igual, y yo no encontraba ninguna diferencia entre un paraje y otro. Por fin remontamos una suave colina y yo pensé que ya debíamos estar cerca del cruce Le Havre-Cherburgo.

Las ruedas del coche se deslizaron por un trecho de gravilla.

Entonces abrí los ojos, porque aquello me extrañó.

Y de pronto lancé un gemido de horror.

Mis ojos se desencajaron.

Todo mi cuerpo sufrió una brutal contracción.

¡Porque había vuelto al lugar de donde huí! Porque estaba de nuevo... ¡en Villa Lautien, el hotel de los asesinos!...

CAPÍTULO XI

El propio horror que estaba sintiendo me atenazó como un dogal, me impidió moverme. Con los ojos desencajados, con la boca entreabierta a causa del horror miré aquella especie de panteón en el que estaba acechando mi propia muerte.

Aquel tipo del que no sabía ni el nombre farfulló:

—Vamos, nena, entra... No te arrepentirás.

No sé lo que pensé en aquel momento. Lo único que acierto a recordar fue que dije:

—¿Por qué aquí?

—Porque es un sitio donde admiten parejas. Incluso pusieron un anuncio en el periódico. ¿Y qué lugar más quieres? Nadie nos va a molestar...

El tipo creía que ya me tenía en el bote. Intentó besarme en el cuello. Con todas mis fuerzas le di tal codazo en el estómago que por poco le hago sacar la primera papilla. Abrí la puerta y salté. Tenía que escapar de allí como fuese. Si una especie de maldición me había traído hasta el hotel, yo tenía que ser más fuerte que esa maldición. Y me di cuenta de que mis músculos respondían y de que jamás habían sido tan ágiles.

Salté entre los matorrales.

El tío me persiguió.

Por lo visto no me quería soltar de ninguna manera. Le oí jadear detrás de mí. Busqué afanosamente la salida, pero al cabo de unos instantes me di cuenta de que me había equivocado. Yo no conocía aquello lo suficientemente bien. Estaba cometiendo... un terrible error.

¡Había dado una vuelta... y regresaba al hotel!

Aquella especie de cerdo babeante venía detrás de mí. Seguro que no quería explicar a sus amigos que el asunto le había fallado tan a última hora. Me di cuenta de que necesitaba esquivarle si

quería encontrar la salida con cierta tranquilidad. De otro modo, volvería a perderme.

Vi unas escaleras.

Arriba se distinguían unas arcadas oscuras. Era un sitio excelente para despistar a cualquiera y fui hacia ellas. Me situé en el rincón más penumbroso.

El tío llegó poco después. Miraba a todas partes con ojos de mochuelo. Pasó tan cerca de mí que casi capté su aliento.

Pero fue hacia una puerta creyendo que yo había escapado por ella. La abrió lentamente.

Y yo también vi lo que había en el interior. Los dos lo vimos. También yo capté aquella luz amarillenta y siniestra. También vi a Lucille, la criada a la que antes apalearon. También vi su cuerpo roto, también vi la cabeza separada del tronco.

Todo aquello fue otra vez como una alucinación, pero se trataba de la más sórdida realidad. Ya no podía negarlo. Yo no estaba loca..., ¡no, no lo estaba de ninguna manera!..., pero era seguro que acababa de entrar en el infierno.

Y un infierno era lo que tenía delante de los ojos. Lucille se encontraba desnuda y tendida en una especie de banco de madera que era como un potro de suplicios de la Edad Media. La cabeza desgajada del tronco yacía entre sus piernas. Era una escena que una no pensaba encontrar ni en los viejos libros de brujería, una escena que helaba la sangre.

El hombre que me había traído hasta allí lanzó una especie de gruñido. Tenía tanto miedo que no supo reaccionar. De pronto volvió la espalda y entonces la distinguió.

También la distinguí yo.

Reconozco que era maravillosamente bonita, pero al mismo tiempo se trataba de una pesadilla sin nombre.

Vi avanzar a la muerta.

Lucrecia Lautien.

La mujer del látigo.

Su vestido resultado espectral, pero al mismo tiempo había en él algo de maravilloso. Las botas de cuero negro le llegaban hasta las rodillas, destacaban aún más la firmeza y elasticidad de sus muslos. La falda estaba abierta por delante, de modo que ofrecía una seductora perspectiva de sus piernas. Un grueso cinto ceñía aún más

su cintura ya muy estrecha. La blusa descotada dejaba ver en parte la belleza que contenía.

Hubiera resultado magnífica para una película, pero al mismo tiempo había en ella una frialdad, una crueldad, un horror que la transformaban en una de las más repelentes criaturas que había visto. E igual debió pensar el tipo que me había traído hasta allí, porque no se fijó en sus piernas, con todo lo bonitas que eran. Se fijó en sus ojos.

Y aquellos ojos eran inhumanos.

No sé cómo definirlo, pero no se trataban de los ojos de una persona *viva*, sino de los ojos de una persona *muerta*.

Aquel tipo apenas pudo balbucir:

—No...

Vi moverse el látigo. Éste no era de cuero ancho, sino de una fibra muy rígida y que se enroscaba al cuerpo como una serpiente. El golpe rasgó parte de la americana igual que si el cuero fuese un cuchillo, y llegó hasta la piel. Oí un sordo gemido donde el dolor se mezclaba al asombro.

El hombre se tambaleó.

Otro latigazo.

Otro...

¡Otro!

Aquel hombre no sabía adonde ir. Sus pensamientos debían haberse paralizado por completo y estaba allí quieto como un muñeco, dispuesto a que lo mataran a golpes.

Hipnotizado por el horror, sus músculos no le obedecían.

Apenas capté un murmullo de sus labios. Me pareció que decía:

—Pero...

La sangre había brotado de su pecho y de su vientre, resbalando ya por las piernas. Los ojos desencajados ya no veían.

De pronto el látigo se enroscó en su cuello. Fue como una soga. La diabólica mujer tiró de ella y la flexible tira de cuero penetró en la piel de aquel hombre. Casi le partió el cuello en dos.

Cuando lo vi caer estaba ya muerto.

La estrangulación había sido diabólica.

Y la mujer rió quedamente, oscuramente, con una especie de ronquido siniestro en su garganta. De pronto había dejado de ser hermosa. Dos finos hilos de baba caían de entre sus labios. Tenía la

mirada perdida de una diablesa, pero también la mirada vacía de una subnormal. Daba a la vez asco, miedo, lástima...

Miró en torno suyo.

Y yo pensé que iba a descubrirme unos momentos después. Me encogí en la oscuridad todo lo que pude, pero era inútil. Me descubriría.

Y entonces llegó Luc. El tipo de la barbita pasó casi rozándome, pero no me vio. Tenía ojos solamente para el muerto y para Lucrecia.

—¿Pero por qué lo has hecho? —masculló—. ¿No te das cuenta de que en el hotel hay otros huéspedes?

—En este lado no hay nadie.

—Podías haberte contenido —dijo bruscamente.

—¿Por qué iba a contenerme?

Adiviné que aquella diabólica mujer tenía una moral especial, si es que se le podía llamar *moral* a eso: sólo existía la ley de su propio deseo, la ley de su violencia. Cuando ansiaba matar, mataba. Había nacido sólo para el mal.

Ése era un pensamiento aterrador, pero había otro que me aterraba mucho más aún y era el siguiente: aquella mujer ESTABA MUERTA.

Otra vez sentí que todo daba vueltas en torno mío y pensé de nuevo que me había vuelto loca. Escenas de situaciones que *yo no sabía si había vivido realmente* volvieron a mí. Me pareció oír la voz de un niño que había sabido arreglar con un método casi milagroso la avería de mi coche: «Esto de los electroimanes... Es decir... La avería del eje del ventilador... Es decir... Yo puedo arreglarlo... Es decir...»

Mis pensamientos se cortaron entonces porque me di cuenta de que Luc y la mujer iban a venir hacia mí. Tenían que verme de un momento a otro. Pero tuve suerte, porque en aquel momento llegó Jacques.

Tenía el mismo aspecto siniestro de antes y vestía también enteramente de negro. —Ha ocurrido algo asombroso...— dijo—. La he visto.

—¿A quién?

—A aquella mujer, a la periodista.

—Es absurdo —dijo Luc—. Pierre y yo la sepultamos hace...

ahora debe hacer veinticuatro horas. Ya ha muerto.

—Os juro que la he visto desde la ventana de mi habitación...

—¡Bah, tú has bebido!

—*¡Era ella!*

Luc se estremeció. Por fin la idea pareció entrar en su cerebro. Miró en torno suyo con ojos de alucinado. Y me hubiese visto caso de no haber tomado yo poco antes una decisión.

Allí estaba en el sitio más inseguro, de modo que me deslicé hacia el único lugar donde seguramente no me buscarían: la habitación en que se encontraba muerta Lucille. Pasé hacia el interior como una sombra mientras me sujetaba la mandíbula para que el nerviosismo no hiciera castañetear mis dientes.

Casi rocé el cadáver.

Dominé mi horror y mi náusea.

Vi unas escaleras que descendían.

Me deslicé por ellas.

Ahora me daba cuenta de que villa Lautien no era un edificio solo, sino un conjunto de edificios aislados y comunicados entre sí, según sistemas que muy pocas personas debían conocer. Eso explicaba que en una parte del hotel pudieran ocurrir cosas que se ignoraban completamente en otras.

Seguí bajando.

Una sala con hermosas pinturas del Renacimiento estaba a medio reparar. Vi unos ventanales más allá de los cuales estaba el jardín. Si lograba salir por uno de ellos quizá pudiera considerarme salvada.

Y lo conseguí. El ventanal se abrió sin dificultad y yo me encontré en una zona del jardín que no debía estar lejos de la carretera, porque se oía el zumbido poderoso del motor de algunos camiones.

Mi corazón latió aceleradamente, con esperanza.

Fui a correr hacia allí. Las piernas me obedecieron. Creo que di uno de los mejores saltos de mi vida.

En fin... no sé si llegué a darlo.

Porque de pronto unos brazos cayeron sobre mi cuerpo.

Porque de pronto, impidiéndome gritar, una mano atenazó mi boca.

CAPÍTULO XII

El horror me sacudió.

Supe que había caído otra vez en la trampa. Todo mi cuerpo se estremeció. Dándome cuenta de que no tenía escapatoria, me resigné a lo inevitable. Las fuerzas me fallaron del todo. Caí medio exánime entre aquellos brazos poderosos.

Y entonces la voz murmuró:

—No hagas eso ahora, Olga. Necesitarás luchar.

«*Olga... Necesitarás lucha...*». Aquella voz...

Era... *¡era la voz de Jean!*

Me volví bruscamente. Vi su rostro y sus ojos alentadores. Yo juraría que hasta intentó sonreír. Mientras me empujaba entre unos arbustos dijo:

—Nos quedaremos un momento aquí. Ya verás cómo piensan que has huido hacia la carretera y te buscan por ella.

Era cierto. Un minuto después vi aparecer a Luc y a Pierre, seguidos de Jacques. Pasaron muy cerca de donde estábamos nosotros y se dirigieron a la carretera. Nosotros nos cobijamos en un rincón donde los matorrales descuidados formaban una verdadera selva y decidimos esperar algunos minutos. Teníamos que dejar tiempo para que nuestros perseguidores terminaran de alejarse, contando con que siguieran creyendo que yo había huido por la carretera.

Al cabo de unos minutos el silencio nos envolvió. Ya ni siquiera pasaban camiones y el aire se había hecho tan espeso que hubiera podido cortarse con un cuchillo. O al menos nos lo parecía. Mientras me acurrucaba junto a Jean, confiando por primera vez ciegamente en un hombre, susurré:

—¿Cómo has podido volver? ¿Qué pasó realmente?

—En parte tú lo viste —contestó Jean en voz baja.

—Sí. Vi que te golpeaban a traición en la cabeza y que te

arrastraban hacia fuera, pero no sé por qué. Fue algo que no tuvo ningún sentido.

—Yo tampoco acabo de entenderlo, Olga.

—¿Qué sucedió realmente? ¿Dónde recobraste el conocimiento?

—En primer lugar he de decirte que al tipo que me golpeó no lo había visto nunca. Cuando recobré el sentido me lo encontré delante y pude verle con tranquilidad, pero no me trajo el menor recuerdo a mi memoria. Seguro que no lo había visto jamás, ni con gafas negras ni sin ellas. Me di cuenta de que el bigote pelirrojo no era postizo porque se lo estiró nerviosamente varias veces. Con él estaba otro hombre también desconocido que no dijo una sola palabra.

—¿Pero a qué sitio te habían llevado? —musité.

—A una habitación de una casa que no pude identificar. No era una celda, desde luego. Pero en cambio me trataron como un prisionero y me ataron de pies y manos, amordazándome luego. Examinaron al detalle mi documentación y al final se la llevaron. Yo les pregunté qué infiernos estaba pasando, pero ninguno de ellos contestó.

Jean se detuvo un momento. Prestó atención a los más mínimos rumores como una fiera al acecho, pero seguía sin llegar a nosotros ningún sonido. Luego continuó:

—Desde el momento en que me dejaron sólo empecé a tratar de liberarme, y al cabo de un buen rato me di cuenta de que quizá eso no sería tan difícil. Para ser detective privado tuve que aprender una serie de cosas, entre ellas a deshacer nudos. Y aquellos tipos no debían ser muy expertos, porque conseguí liberar mis muñecas poco a poco. Lo demás fue un juego de niños.

Yo le escuchaba con toda la atención y me daba cuenta, por la expresión de sus ojos, de que me estaba diciendo la verdad. Luego le pregunté cómo había podido escapar de aquella casa.

—No estaba vigilada. Me di cuenta de que era uno de los edificios más viejos de la ciudad, pero no había allí ninguna indicación que me orientase. Entonces empecé a buscarte. —¿Por dónde?

—Volví al hotel en cuanto pude, pero ya no estabas allí. Entonces intenté acostumbrarme al siguiente pensamiento: si no volvías a Villa Lautien era porque estabas salvada. Y si volvías

necesitarías mi ayuda, de modo que me dediqué a vigilar Villa Lautien.

—Estaba seguro de que acabarías necesitándome. —¿Me viste entrar en aquel coche?

—Sí.

—¿Te diste cuenta de que llegaba con otro hombre?. ¿No me preguntas por qué venía con él?

—Pensé que era un policía —dijo Jean.

—No, no lo era. Se trataba de un tipo que pensó hacer una conquista. Por lo visto aquí admiten parejas que llegan en secreto, pero lo que no sé es cuántas de ellas salen realmente vivas.

Nos estremecimos los dos ante aquel pensamiento. Nos preguntamos los dos con la mirada, como si buscáramos uno en el otro la respuesta, pero al final nos dimos cuenta de que en aquella clase de infierno todo eran misterios aún. Nuevamente sentimos el peso de aquel silencio como si se tratara de una losa funeraria.

Con un hilo de voz pregunté:

—¿Por qué haces todo esto, Jean? ¿Por qué te arriesgas?

—La respuesta podría ser muy sencilla.

—Pues dámela.

El me miró fijamente. Luego me dio en voz muy baja una respuesta que era, en efecto, la respuesta más sencilla del mundo:

—Uno hace muchas cosas por, la mujer a la que ama, Olga.

Por primera vez mi sangre pareció circular mejor. Por primera vez, al cabo de muchas horas, pensé que la vida podía volver a ser hermosa. Una vida fría, dedicada por entero a mi profesión, me había apartado de las verdades más claras y más humanas de la vida, pero ahora me daba cuenta de que había cometido un error. Las cosas que en esta vida no hay que pagar, y que por eso despreciamos, son las que tienen un valor incalculable, las únicas que no tienen precio.

Pero volví la cabeza.

—No es posible que me ames —dijo quedamente.

—¿Por qué no?

—Hace muy poco aún no me conocías.

—Te equivocas.

—¿Me equivoco en qué?

—¿No has visto aquellas fotografías, Olga? El cacharrito, la calle

de una población llamada Amboise Cotterets... No me hubiera sido posible obtener todo eso si no te hubiera estado siguiendo.

—¿Pero tú me seguías? ¿Por qué?

—Debía ser porque me gustabas.

—¿Nadie te había encargado que me vigilaras, Jean?

—¿Y quién iba a encargarme una cosa así? Tú eras simplemente la mujer en la que había puesto mis esperanzas. Así de sencillo. Siempre que tenía un poco de tiempo libre me dedicaba a seguirte, cosa que no resultaba difícil porque tenías unas costumbres bastante metódicas. Yo me daba cuenta de que ése era un ejercicio pasado de moda y que lo más normal hubiera sido abordarte sin tantos rodeos, pero quería conocerte bien. Yo no podía tomar a la ligera a una mujer que adivinaba iba a ser para toda la vida.

—¿Llevabas mucho tiempo así?

—Bueno, no mucho. Quizá una semana.

—¿Y qué pasó el día en que obtuviste esas fotografías?

—¿No lo recuerdas?

Me miraba fijamente, con sospecha, quizá con incredulidad, mientras yo había de hundir la cabeza sobre el pecho con un gesto impotente. No lo entendía, pero había lagunas en mi vida, unas lagunas que no conseguía explicar.

—No, no lo recuerdo —musité.

—Tú ibas de viaje y te detuviste de pronto ante aquel cruce que iba a Amboise Cotterets. Levantaste la valla y pasaste. Yo detuve también cerca del cruce, pero no pasé con el coche. Fui a pie hasta la población y tuve la misma sorpresa que sin duda habías tenido tú. En apariencia aquél era un villorrio abandonado, pero me di cuenta de que estaba lleno de vida.

Mientras mis dedos arañaban nerviosamente la hierba intenté recordar, pero sólo veía retazos de mí misma. Una carretera polvorienta... Una ciudad... No, nada de aquello llegaba a tener sentido.

El pareció darse cuenta, porque prosiguió:

—Todo aquello me llamó la atención tanto que obtuve unas cuantas fotografías con el teleobjetivo. Estaba haciéndolo cuando unos individuos aparecieron tras unas rocas. No llevaban ningún uniforme ni ningún distintivo. Debían estar vigilando por allí, pero lo curioso, lo absurdo fue que no me llamaron la atención ni me

dijeron nada. Simplemente dispararon.

—¿Así, sin una palabra?

—Sin una palabra. Me di cuenta de que tiraban con silenciadores y a dar, por lo que corrí en zigzag hacía mi coche. Soy lo bastante ágil para escapar de las situaciones comprometidas, pero la verdad es que entonces no sé ni cómo me libré. Una de las balas me atravesó la hombrera de la americana y otra la pernera izquierda del pantalón. Cuando me metí de cabeza en mi coche no sabía ni lo que estaba ocurriendo. Salí a toda velocidad mientras desde la curva de la carretera seguían disparando contra mí.

—Pero... ¡pero todo eso es absurdo!...

—Desde luego que lo es, pero lo más absurdo ocurrió luego, cuando llevé el coche al carrocerero porque tenía un impacto de bala. Al extraerla me di cuenta de que no era una bala como las otras, sino que estaba muy aplastada, y apenas tenía poder de penetración. Era, simplemente, una bala anestésica.

—¿Para dormirte?

—Sí. Por lo visto, aquellos tipos querían capturarme, no acabar conmigo. Eso era tan absurdo que quise ir a la policía, pero algo me detuvo. Telefoneé al *France-Soir* preguntando por ti y me dijeron que estabas en una clínica.

Los retazos de mi vida pasada, aquellas escenas hundidas en el fondo de la memoria fueron volviendo a mí como jirones de niebla. Veía largos pasillos blancos, veía un jardín muy tranquilo, unos ojos que me vigilaban...

—Dios mío... —farfullé—. ¿Por qué?...

Jean no me dejó continuar con aquellos pensamientos. Siguió diciendo:

—Por supuesto que te hubiera buscado, pero tampoco me dejaron tiempo. Las cosas absurdas siguieron ocurriendo, a partir de entonces.

—¿Qué cosas absurdas?

—Por ejemplo, aquella detención sin sentido alguno. Dos policías de tráfico llegaron a mi casa y me dijeron que yo había sido responsable de un accidente en el que había muerto un niño, dándome en seguida a la fuga. Por descontado que soy incapaz de una cosa así y, además, no había ocurrido, pero tenían pruebas. Fotos de mi coche, con la matrícula bien clara, entrando en una

calle de dirección prohibida... La bicicleta del chiquillo proyectada contra la pared... Un charco de sangre... Fue inútil que me desgañara diciendo que no había sido yo, porque me metieron en la cárcel. Un mes más tarde me soltaron diciendo que todo había sido un error, pero ya había pasado un tiempo precioso. Y, sobre todo, yo me encontraba en un mundo absurdo, en un mundo que no tenía sentido.

Hice un gesto de asentimiento. Yo también me había encontrado hundida en un mundo así, y lo peor era que seguíamos los dos en él. Miré recelosamente en torno mío mientras oía otra vez la voz tranquila de Jean, aquella voz con la que él intentaba devolverme la calma.

—Lo primero que hice fue telefonear de nuevo al *France-Soir*, pero tú no habías ido a trabajar aún, me insinuaron que padecías una dolencia mental y tuve la sensación, además, de que en torno a todo aquello se había hecho la conspiración del silencio. Tus compañeros no soltaban prenda.

—¿Qué hiciste entonces, Jean?

—Lo primero, aceptar un hecho: tanto tu *enfermedad* como mi detención habían sido unos fenómenos provocados a sangre fría. A ti te habían dado una inyección de las que obligan a olvidarlo todo, de las que hunden a un ser humano en una especie de vacío total. Luego te llevaron a una clínica donde el *tratamiento siguió* hasta el límite máximo, hasta que corrieron el peligro de que olvidaras incluso tu nombre. Entonces y sólo entonces te soltaron.

—Pero todo eso, ¿quién?...

—Ésa es la respuesta que me gustaría tener, Olga.

—¿Pero qué es lo que has sospechado? ¿Qué piensas?

—No lo sé. Todo es tan absurdo que no lo comprendo. Pero el caso fue que, al día siguiente de soltarme, volví a Amboise Cotterets.

—¿Y... y qué?

—Era increíble. Se trataba de un villorrio abandonado. Ni una persona, ni un coche, ni una casa con signos de vida. El café que yo llegué a fotografiar ya no existía. Todo estaba lleno de suciedad, de olvido y de polvo. Parecía como si en muchos años no hubiera pasado un ser humano por allí.

—¡Pero todo eso es increíble! ¡Tú lo habías visto! ¡Y yo recuerdo

algunas cosas como si lo hubiera visto, también! Además...

—¿Además qué?...

Me miraba con curiosidad, como si de mi respuesta dependiera algo muy importante. Yo susurré:

—Recuerdo algunos detalles sueltos, cosas sin sentido... Por ejemplo, vi un coche que rodaba solo. Y... —tuve un estremecimiento ante el recuerdo, que volvía a mí con siniestra nitidez—..., ¡y había un hombre muerto dentro!

Con gran sorpresa por mi parte, tuve la sensación de que a Jean le parecía casi normal aquello. Después de unos instantes de tensión para convencerse de que todo seguía en silencio continuó:

—Leyendo periódicos de los últimos seis meses me di cuenta de algunas coincidencias extrañas, casi increíbles. Por ejemplo, un científico especializado en sistemas de radar había llegado a la idea de un automóvil que se guiaría por medio de ondas y que no necesitaría conductor, un invento revolucionario porque eliminaría la mayor parte de los accidentes de tráfico y, además, permitiría a los ocupantes de los vehículos aprovechar el tiempo en otras cosas e, incluso, empezar su jornada laboral dentro de los automóviles. Pero la importancia militar de aquello también era considerable porque podía aplicarse a los tanques; a ciertos coches que podrían ser empleados para sabotajes... Ese científico, como te digo, había muerto. Sin embargo una revista técnica dio, poco después, el rumor de que el automóvil guiado por ondas había empezado a construirse y estaba en pruebas.

—¿Podría ser el que vi yo? —balbucí.

—Casi es seguro. En cuanto al muerto que creíste distinguir, me inclino a creer que se trataba de un muñeco de cera para comprobar los efectos de la inercia o, sencillamente, del conductor, que iba intencionadamente dormido. El caso era que en Amboise Cotterets existía un mundo... que de pronto desapareció, que de pronto se esfumó en el aire.

Yo estaba asombrada ante aquel relato, porque concordaba con algunos retazos casi olvidados de lo que me había sucedido unos meses atrás. Volví a mirarle fijamente y pregunté con un hilo de voz.

—¿Pero todo eso qué significa? ¿Qué pasa, Jean?

Movió la cabeza con pesadumbre, casi con desesperación.

—*¿Es que los muertos no mueren?*

La pregunta había brotado de mi garganta sin darme cuenta. Había brotado con angustia, casi con desesperación, porque de pronto me di cuenta de que, con todo aquello, habíamos estado dando vueltas a una sola cosa: a la realidad de que nos encontrábamos en el infierno.

Los muertos no habían muerto.

Los muertos... ESTABAN CON NOSOTROS.

Levanté un poco la cabeza y gemí:

—¡Dios mío...!

Porque los pasos de nuestros perseguidores se oían de nuevo en el jardín. Porque los muertos estaban volviendo.

CAPÍTULO XIII

Los vimos claramente: Jacques, Luc, Pierre. Parecidos a fantasmas del otro mundo, se deslizaban entre los altos tallos de hierba. Volvían con expresiones desorientadas, como si no entendieran dónde nos habíamos metido, pero cualquier hubiese adivinado que pronto empezarían a buscar por el jardín. Era inevitable.

Jean musitó:

—Espera...

Notamos que se habían distanciado unos de otros. Se repartían el trabajo. Y como el jardín y los edificios anexos eran enormes y llenos de recovecos, pronto se perdieron de vista unos a otros.

El que merodeó cerca de donde estábamos nosotros era Pierre.

El criado al que yo había llamado desde el principio «ojos de muerto». Él que por un momento pensó atropellarme dentro de la tumba, antes de encerrarme para siempre en ella.

Husmeaba como un perro de presa.

Sólo ahora me di cuenta de que en su cinto colgaba un grueso cuchillo y de que se iba acercando a nosotros casi en línea recta, como si su olfato le guiara. Comprendí que no tardaría en descubrírnos y que entonces estaría todo perdido.

Jean también parecía haber contado con eso:

Lo teníamos ya muy cerca, tan cerca que casi parecía rozarnos. De pronto fue Jean el que se levantó.

Me había hecho una seña para que yo estuviese quieta, poniéndome a cubierto. Fue entonces cuando oí una especie de gruñido animal.

Lo había lanzado Pierre. Mientras sus ojos brillaban con una salvaje expresión de triunfo, vino hacia nosotros blandiendo el cuchillo. No sólo había visto a Jean, sino que me acababa de ver a mí.

Comprendí que Jean estaba desarmado.

Estuve a punto de lanzar un grito, y si me contuve fue al darme cuenta de que así llamaría la atención de los otros. Gateé aterrorizada, intentando salir de allí, aunque me di cuenta de que todo estaba perdido y todo era ya imposible.

De pronto oí un crujido.

Miré hacia adelante con asombro.

Con una agilidad que yo no esperaba, Jean acababa de propinar un salvaje puntapié a la muñeca derecha de Pierre, haciéndole soltar el cuchillo. Fue una brusca contracción que el otro intentó corregir en seguida, inclinándose para apoderarse del arma, pero Jean ya no le dio tiempo. Su nuevo puntapié, saltando como un *catcher* fue ahora para la mandíbula de su enemigo.

Vi tambalearse a Pierre.

Y moverse los puños de Jean.

Fue algo casi inaudito para mí.

Frenético.

Los terribles golpes de kárate parecieron cambiar de sitio la cabeza de Pierre. Éste se tambaleó. Dos cruzados a la garganta, con los bordes de las manos abiertas, le partieron en pedazos las vértebras cervicales. Había sonado un siniestro chasquido.

Vi derrumbarse a aquel tipo.

Me di cuenta, en seguida, de que estaba muerto. Jean me hizo una seña frenética para que saliéramos de allí.

Le obedecí, pero él quiso llevarse algo, en el momento de huir. Pensé que se había vuelto loco, pero en aquel momento no podíamos discutir nada. Vi que se cargaba sobre los hombros al muerto, y salía del jardín a toda la velocidad que permitían sus piernas. Yo le seguí.

Amparados en las sombras, pudimos evaporarnos de aquel lugar maldito. No estábamos seguros, ni mucho menos, pero desde el punto en que nos detuvimos podíamos llegar a la carretera con cierta facilidad. Estábamos a unos doscientos metros de la casa cuando Jean, desfallecido, necesitó librarse del muerto.

Lo dejó caer al suelo. Yo también estaba desfallecida, pero no era por el cansancio físico, sino por el nerviosismo terrible que me dominaba. Me dejé caer junto al cadáver y lo miré sin comprender, igual que si pensara que todo aquello seguía siendo una horrible

pesadilla.

Los pensamientos volvían a mí.

Eran unos pensamientos estremecedores, pero no podía quitármelos de encima.

—¿Sabes cómo yo llamaba a este hombre? —barboté—. ¿Sabes qué nombre le puse desde el primer momento que lo vi?

—¿Cuál?

—Ojos de muerto.

Jean me miró con sorpresa.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque los tiene. Porque son exactamente los ojos de un matemático muerto en accidente y al cual tuve que identificar.

Suspiré mientras los pensamientos volvían a mí en oleadas, haciéndome más y más daño. Pero al menos veía las cosas con mayor claridad, de forma que susurré:

—Ese matemático, por lo que supe más tarde, era un antiguo criminal nazi, y además un maníaco sexual. Era lo que se llama un necrófilo.

Jean me miró de soslayo.

Yo había palidecido mortalmente.

Tan mortalmente, que hubo de notarlo. Susurró:

—¿Qué te pasa?

—Na... nada. No tiene sentido.

—De todos modos dímelo.

—¿Por qué has traído el cadáver hasta aquí? —pregunté, queriendo desviar la conversación hacia otro rumbo.

—Porque no quiero que esos tipos lo descubran y porque, además, necesito examinarlo un poco. Pero no es eso lo que me importa ahora. Lo que necesito es saber qué te pasa. —Hay algo que no tiene sentido.

—Quizá lo tenga. Dilo.

—Este tipo —susurré al fin, señalando al muerto—, también era un criminal como lo fue aquel matemático. Y también... también pareció que yo le gustaba cuando estaba dentro de aquella tumba.

No hubiese querido decir aquello porque me estremecía de horror, porque me situaba ante lo inexplicable, pero Jean no se asombró. Parecía verlo todo esta noche con una extraña calma.

Se inclinó sobre el muerto.

Le examinó los globos oculares.

La cabeza.

Le palpó los huesos del cráneo.

Y luego me miró fijamente otra vez. También él había palidecido, como si se encontrara ante lo inexplicable.

—Es lógico que haya ocurrido lo que ocurrió —dijo, al cabo de unos instantes—. Este hombre ES el matemático muerto que tú viste...

CAPÍTULO XIV

Si Jean quería gastarme una broma podía haber elegido un momento mejor, pero el caso era que no hablaba en broma. Su expresión era tensa, casi dramática. Y yo sentí mi boca más seca que nunca, cuando pregunté:

—¿Por qué?

—Le hicieron un trasplante de ojos.

—¿Queeeeeé?...

—No sé de qué te extrañas. Es frecuente. Incluso, ahora se crean bancos de ojos —todos ellos procedentes de muertos— con los que se evitará que en un futuro próximo haya ciegos en este mundo.

—Sí... sigue —musité.

—No es eso solo.

—¿Por qué te crees que digo que sigas?

—Hace poco, este hombre ha sufrido una trepanación —siguió diciendo Jean con voz tranquila—. Se le nota en la cicatriz de la piel e incluso al tacto en los huesos: le abrieron el cerebro.

—Pero... ¿con qué objeto?

—Me temo que no lo vas a creer, Olga.

—Después de lo que hemos vivido, estoy dispuesta a creer lo que sea. Habla de una maldita vez.

Jean habló. Dijo sin mirarme:

—A este hombre le han sacado el cerebro para ponerle el de otra persona. Y le han trasplantado, también, los ojos. El matemático que tú viste muerto en accidente... ¡SIGUE VIVIENDO!

Debí tener una contracción brutal, porque oí el castañeteo de mis dientes. Volví de repente, la cabeza, porque no podía seguir viendo aquel cadáver. Pero Jean debía estar pensando en aquello sin emociones, con la frialdad de un científico, porque susurró:

—Creo que empiezo a comprender la verdad, Olga.

—¿Qué verdad?...

—No vas a creerla.

—Por favor... Dímelo de una vez. ¡Sepamos al menos a qué atenernos en este maldito infierno! ¡Dímelo de una condenada vez!

Me había puesto demasiado nerviosa. Casi chillaba. Y ése fue mi error, porque me di cuenta de que Jean ya no podría contestarme.

Luc, Jacques y Lucrecia Lautien, la diabólica Lucrecia Lautien, venían hacia nosotros.

Nos habían descubierto.

En las manos de Lucrecia Lautien temblaba el látigo. Pero en las manos de los otros dos —y eso era lo más temible— descansaban dos rifles.

Era una cacería cuyo resultado estaba ya decidido. Nos iban a destrozarse a balazos, en menos de diez segundos.

Me di cuenta de que los rifles tenían silenciadores y de que, por lo tanto, nuestra muerte no originaría ningún alboroto. Ni siquiera eso. Iban a acabar con nosotros como gusanos a los que se aplasta.

Y entonces Jean dijo aquella cosa inexplicable.

Aparentemente, sin sentido.

—También ella —farfulló— está muerta.

Yo recordé fugazmente, como si lo tuviera otra vez delante de los ojos, el cuadro entrevisto en el hotel, el de Lucrecia Lautien, el de la propia mujer que ahora tenía delante... ¡y que, sin embargo, estaba muerta! En ese sentido, lo que acababa de decir Jean era una perfecta realidad. Sentí que mis ojos se nublaron mientras intentaba ponerme en pie.

Quería huir.

Salir de allí como fuera...

... ¡Huir!

Menos mal que Jean me dio un empujón y me arrojó por el suelo, porque de lo contrario me hubiese alcanzado la bala. Luc acababa de disparar precisamente contra mí, quizá porque pensaba que iba a poder escapar. Se la oyó silbar a la luz de la luna y luego empotrarse en uno de los árboles.

Lucrecia lanzó una especie de chillido salvaje.

Hizo oscilar el látigo.

Sus facciones estaban brillantes, a causa del odio.

Luc y Jacques, sin embargo, estaban serenos y manejaban los

rifles bien. Enviaron una rociada de balas contra el sitio en que estábamos. Y si no nos alcanzaron fue porque yo rodaba por el suelo, fuera de su campo visual, y porque Jean se había parapetado detrás del muerto.

Las balas se empotraron en lo que quedaba de Pierre, pero en seguida nos dimos cuenta de que eso no nos salvaría. Unos segundos después habrían acabado con nosotros. Y entonces fui yo la que tomé una desesperada decisión.

Había allí un paquete de ramas preparadas para el transporte, para cuando llegase el invierno, y lo lancé con todas mis fuerzas. Luc lo recibió en mitad de la cara y vaciló.

Jacques se volvió a mí con la rapidez del rayo, mientras lanzaba una maldición.

Pero Jean fue más rápido aún.

Aprovechó el que Jacques me estuviese mirando a mí. Con la velocidad de un tigre saltó sobre él, y le propinó un terrible golpe de karate en el cuello. El rifle vaciló entre las manos de Jacques.

Y Jean lo hizo girar.

Fue algo instantáneo.

Fue también algo tan brutal que yo misma no acerté a creerlo, incluso después de que hubiera sucedido. Jean giró el rifle de su enemigo, aunque éste lo sostenía aún, y pudo situarle el cañón bajo la mandíbula. Jacques no había caído, pero estaba medio aturdido por el golpe que acababa de recibir. No se dio cuenta de lo que estaba sucediendo hasta que fue demasiado tarde.

Jean había disparado, haciendo que su propio enemigo moviera el dedo que tenía en el gatillo. La terrible descarga se llevó por delante media cabeza de Jacques. La sangre saltó al aire como una nube macabra mientras yo lanzaba un grito.

Y el grito también lo lanzó la diabólica mujer mientras hacía oscilar el látigo. La trenza de cuero cayó de lleno sobre la cara de Jean.

Éste vaciló. Había tratado de apoderarse del rifle, pero esa vacilación le hizo perder unos segundos. Y entonces Luc giró el arma hacia él.

Perdidos como estábamos, los dos saltamos hacia una pared medio ruinosa que teníamos a nuestras espaldas. Bruscamente, nos sentimos acorralados allí. Sin ninguna posibilidad de huir, miramos

cara a cara la muerte.

Era un final absurdo. Nadie lo creería.

¡Una muerte que nos causaban otros muertos!

Nuestra situación no tenía salida, pero comprendimos que se había hecho más macabra aún cuando volvimos la cabeza a un lado y vimos aparecer a aquel otro tipo. Ahora sí que no teníamos salida por ningún lado. Porque el hombre que acababa de aparecer... era el que ya nos había atacado una vez. Era el de las gafas negras y el bigote pelirrojo.

Cerré los ojos porque me faltó el valor.

La verdad fue que no pude evitarlo.

Nunca me he atrevido a mirar la muerte cara a cara.

CAPÍTULO XV

Si todo lo sucedido hasta entonces me había parecido asombroso, lo que ocurrió en aquel momento me dejó tan desconcertada que no supe reaccionar. Quedé pegada a la pared completamente inmóvil, atónita como un muñeco roto.

Porque oí aquellos dos disparos de una «Browning». Y porque vi aquellas dos manchas color escarlata.

Una en mitad de la frente de Luc...

... ¡Y otra en mitad de la frente de Lucrecia Lautien!

¡Aquel desconocido acababa de liquidarlos a los dos!

¡Nos había salvado la vida!

Mientras los veíamos caer; mientras nos dábamos cuenta de que las balas les habían perforado los cerebros, sentí un enorme alivio y ál mismo tiempo una inmensa congoja. Tuve que volverme porque no podía más. Y entonces oí la voz opaca, tranquila, del hombre del bigote pelirrojo:

—Quizá convendrá que nos vayamos conociendo —dijo.

—¿Quién es usted? —preguntó Jean.

—El comandante Junot, del Deuxième Bureau.

—¿Los que guardan los secretos de... de Estado? —pregunté, recordando cómo están organizados el espionaje y el contraespionaje en nuestro país. Y recordando también que Francia es un país que gasta en investigación— proporcionalmente —casi tanto como gastan Estados Unidos.

—Exacto —dijo—. Por supuesto, no necesito indicar que he estado aquí con otro nombre y en misión especial.

—¿Qué misión? —susurré.

—En primer lugar, evitar que este hombre pudiera entrar en contacto con usted. No nos habíamos dado cuenta de que pretendía ayudarla. En el primer momento, pensamos que sólo quería refrescarle la memoria sobre lo que había visto en Amboise

Cotterets. Y eso no nos convenía, puesto que habíamos gastado mucho dinero y muchos esfuerzos en hacérselo olvidar... sin faltar demasiado a las leyes de este país, pese a saber que tampoco podríamos acabar de respetarlas.

—¿Hacerme olvidar qué? —farfullé—. ¿A qué se está refiriendo?

—A lo que vio en aquella pequeña población. Y juraría que, con la ayuda de este hombre, ha recordado ya al menos la mitad de lo que vio.

—Un coche que rodaba solo, una chiquilla que sabía, al parecer, docenas de idiomas, un niño que sabía tanto como el sabio jefe de una central atómica...

—Todo tiene su explicación —dijo con voz apacible, como si aquello no tuviera importancia, el comandante Junot—, pero ocurre que esa explicación no la pueden conocer aún los ciudadanos de Francia.

—¿Pues a qué se refiere? —preguntó Jean—. Empiezo a imaginarlo, pero quiero que me lo diga usted, Junot. ¿A qué se refiere?

—A algo que será normal dentro de un tiempo increíblemente corto.

—Sí, pero ¿qué?

—Trasplante de cerebros.

—Sí, pero..., pero un chiquillo... Una niña...

—Tiene que ser así —dijo con voz segura.

—¿Así?...

—Es cruel, pero debe ser de ese modo. La ciencia no tiene entrañas, pero sin embargo tiene lógica.

—¿Lógica? ¿Qué clase de lógica?

—La más evidente del mundo: los cerebros humanos dejan de crecer a una determinada edad, pero no dejan de adquirir experiencia. En resumen *progresan* indefinidamente. A edades avanzadas empiezan a verse perjudicados, es cierto, pero con un riego sanguíneo adecuado y un buen aporte de células nuevas, eso no ocurre nunca. Por supuesto que el cerebro de un sabio de sesenta años trasplantado a otro sabio de sesenta años no produciría el menor resultado positivo, porque tendría todos los defectos de la avanzada edad de su nuevo dueño, y además éste moriría pronto, con lo cual ese cerebro se perdería. Pero imagine la operación con

un chico de doce años que haya muerto en accidente unos minutos antes o que tenga lesiones cerebrales irreversibles, de modo que su muerte esté próxima. ¿Qué pierde, con la aportación de un cerebro perfectamente bien dotado, uno de los mejores cerebros del género humano, que hemos retirado del cuerpo de su primer poseedor casi en el instante de la muerte de éste? No pierde nada... si la operación sale bien. Y puede ganar la sabiduría inmensa almacenada en el cerebro del que ahora es poseedor... ¡y que él puede hacer progresar continuamente con nuevas experiencias! ¡Hace vivir ese cerebro por segunda vez! En definitiva... ¡la Humanidad le saca provecho dos veces!

Se había entusiasmado casi con la explicación, como si él mismo fuera un convencido del sistema. Y probablemente lo era, porque de lo contrario no se hubiese metido en aquel trabajo que en cierto modo resultaba cruel y hasta ruin. Si era necesario o no, si el día de mañana nos acostumbraríamos a él, eso era algo que con mis solas fuerzas no me atrevía a juzgar ahora.

Junot continuó:

—Pero, por descontado, esas personas debían estar un largo tiempo en observación, dentro de recintos cerrados, y más tarde, cuando hubiera pasado un tiempo, *organizar su vida en libertad*. Acostumbrarse a vivir normalmente, en una palabra. Pero para eso se necesitaba en principio un lugar artificial, donde todo estuviera planificado, y ese lugar fue para nosotros la pequeña población abandonada de Amboise Cotterets. Tomamos todas las medidas para no llamar la atención, para que nadie se acercase allí, pero *sin organizar un sistema externo de vigilancia*. Allí los pacientes estaban controlados y encontraban lo necesario, hasta habituarse a su nuevo modo de vivir y hasta curarse de algunas taras que estaban contenidas en las exigencias de sus nuevos cerebros. El hábito de beber, por ejemplo, que estábamos curando en la niña que hablaba tantos idiomas y que hacía cálculos matemáticos tan complicados. Le dábamos alcohol, pero cada día menos, hasta llegar a suprimirlo. Nadie se acercaba a aquel lugar que se suponía abandonado y todo marchaba bien hasta que usted, Olga, tuvo la mala idea de meter sus narices allí. Tuvimos que apresarla, inyectarle una droga para que olvidara y luego someterla a tratamiento en una clínica para que olvidase lo que había visto.

llegal, pero necesario. ¿Qué otra cosa puedo decirle? En cuanto a Jean era peor, porque no habíamos podido detenerle. Hubimos de organizar una trampa, una encerrona y mantenerle aislado una temporada, confiando en que no se pondría en contacto con usted ni daría importancia a lo que vio. Por desgracia, continuó siguiéndola y hubimos de intervenir. Eso nos costó, además, tener que dismantelar las instalaciones de Amboise y llevarlas a otro sitio.

—¿Sabe que estamos vivos porque nos han seguido? —musitó Jean—. ¿Se da cuenta de que, de no ser por usted, ahora estaríamos cosidos a balazos?

—Por supuesto —gruñó Junot—, pero, al mismo tiempo, hemos descubierto este pequeño rincón del infierno. Al ver a Luc lo he comprendido todo, porqué Luc fue uno de nuestros científicos, pero luego desapareció. Y me he dado cuenta de cuál era su sistema: hacer lo mismo que hacíamos nosotros, pero aplicándolo al mal. Obtener un ejército de asesinos disciplinados, implacables; un ejército de monstruos que cumplirían sus órdenes sin chistar, y que podían darle un inimaginable poder, aunque para eso tuviera que buscar... ¡los cerebros de los más crueles asesinos! ¡E implantarlos en personas jóvenes que acababan de morir de forma accidental! ¡Reavivarlos con corrientes eléctricas, como hacíamos nosotros, con lo cual el resto del organismo, que estaba intacto, volvía a recibir sus órdenes! ¡Luc era un fabricante de monstruos, como por ejemplo Lucrecia Lautien! ¡Lucrecia, una hermosa mujer muerta en la que había situado el cerebro de una sádica!

Y dejó de hablar. Jean y yo entendimos perfectamente todo aquel horror. Todo aquel avance inhumano que nos llevaba al mundo de mañana. Todo aquel universo en el que quizá no querríamos vivir.

Dije, con desaliento:

—¿No tenían ninguna sospecha acerca de este hotel, Junot?

—Algunas, pero muy imprecisas. La verdad fue que Luc lo hacía todo con perfecto cuidado. Se produjeron desapariciones de personas, pero nunca pudimos comprobar que eso hubiera ocurrido aquí.

Y nos hizo una seña para que saliéramos. Trató de sonreír. Creo que fue Jean el que preguntó:

—Cuando usted sea general, ¿querrá que trasplanten su cerebro si muere en accidente, Junot?

El comandante se pasó una mano por la barbilla.

—Bueno —dijo—, tal vez sí, pero habrá que trasplantárselo a otro general. Porque si se lo trasplantan a un cabo con ciertas pretensiones... ¡Menudo lío!

Y hasta logró sonreír con un poco de humanidad. De todos modos, yo no lo juraría. Por si acaso cuando salimos de allí, muy unidos Jean y yo, procuramos alejarnos de él y perdernos entre las sombras.

Jean gimió:

—Estoy temblando.

—¿Por qué? —pregunté.

—Muy sencillo. Con lo que me gustas... ¡imagínate que un día me ponen el cerebro de una tía!...

FIN

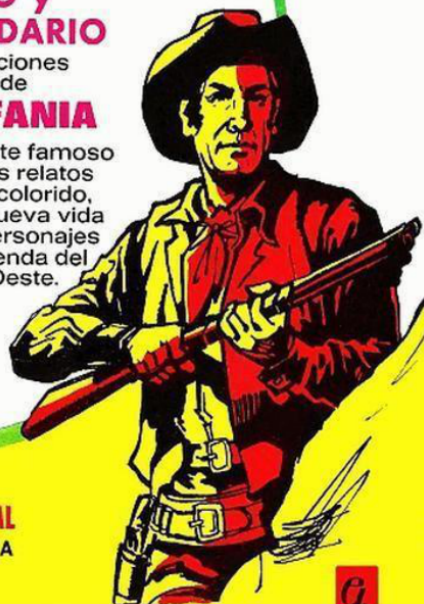
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

